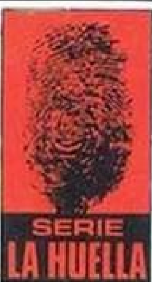


Lou Carrigan

PERFUME DE ROSAS Y MUERTE


COLECCION
LA HUELLA
eb

LOU CARRIGAN

PERFUME DE ROSAS Y MUERTE

Colección LA HUELLA n.° 43
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2
Depósito legal: B 29892-1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición en esta Colección: septiembre, 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

Parte del Final

El automóvil se detuvo a un lado de la carretera, pegándose a la hilera de tilos. Cesó el ruido del motor, y durante irnos segundos solo se oyó el piar de algunos pajarillos, que revoloteaban de rama en rama.

El humo de un cigarrillo salió por una de las ventanillas, hacia el cielo azul, luminoso, del día primaveral. El aire llevaba fresco olor a hierbas, a brotes tiernos…

—No…, no sale…

—Saldrá.

—Bueno…

—No te preocupes, Ya verás como todo acaba bien.

—Creo…, creo que voy a ir yo ahí dentro a.

—No, no. Tenemos que esperar.

—Tú podrías entrar, y decir…

—Ya lo sé. Pero no quiero que entres ahí, ésa es la verdad. Por otra parte, saldrá pronto, y preferirá que estemos aquí esperando en lugar de entrar ahí.

—Sí… Sí, claro.

Se quedaron silenciosos, como atentos únicamente a la gran verja, o quizá al piar de los pajarillos. Pasaban pocos coches por aquella carretera comarcal, y lo hacían a toda velocidad, como queriendo pasar por aquel lugar sin verlo siquiera.

Pero quienes esperaban en el coche no sentían lo mismo por aquel lugar. Tampoco les gustaba, ciertamente, pero tenían muy buenos motivos para estar allí. Motivos buenos, motivos alegres…

—¿Cuánto hace que esperamos?

—Apenas tres minutos. Es mejor que te calmes.

—Ya he dicho que saldrá. Goza del día; es hermoso, suavemente

cálido, también fresco y mañana, o quizá hoy mismo, estaremos pescando. Es un tiempo magnífico para pescar salmón, o trucha…

—Pero…, pero no sale.

Hubo una bocanada de humo hacia el cielo azul de primavera.

—Saldrá.

CAPÍTULO PRIMERO

Quien primero lo vio fue una de las muchachas, que estaba asomada a la borda del yate, fumando, notando en sus bonitas piernas la caricia del sol.

Al principio no supo distinguir qué era aquello que bajaba flotando en la corriente del Connecticut River. Y cuando comprendió lo que era, el cigarrillo escapó de sus deditos, y un grito brotó de sus labios.

Un muchacho joven y atlético, muy bronceado, que estaba gobernando el yate aguas abajo, hacia el mar, la miró sobresaltado.

—¿Qué ocurre, Ruth?

—¡Un muerto…, un ahogado…! ¡Allí! Baja flotando…

Otras dos parejas de jóvenes salieron de la toldilla, corriendo hacia aquella parte de la borda. Uno de los muchachos exclamó:

—¡Es cierto! Es un ahogado… Acerca más el yate, Bobby, y tira el ancla. Joey y yo bajaremos a buscarlo.

El apuesto Bobby siguió las indicaciones de su amigo. Poco después, éste y el otro, llamado Joey, se tiraban al agua y esperaban el paso del cadáver. Lo sujetaron entre los dos. Luego, desde el yate, las tres chicas y Bobby tiraron de la cuerda, atrayendo a sus compañeros y al ahogado.

Lo subieron entre todos, lo tiraron sobre la cubierta, y se lo quedaron mirando, jadeantes, bastante deprimidos.

—No…, no está muy hinchado, ¿verdad?

—¿Qué hacemos ahora? —dijo una de las chicas—. Me parece que nos hemos complicado la vida…

—No íbamos a dejar a este pobre hombre en el agua.

—Tampoco ha ganado gran cosa con que le saquemos de ella. Lo interesante, ahora, es saber qué hacemos.

—Pues es fácil —dijo Joey—. Tenemos que regresar al club, y desde allí avisaremos a los guardacostas. O a la policía.

—Mejor a los guardacostas… ¿Por qué no les llamamos desde la radio del yate?

—Buena idea —aprobó Bobby—. Voy a hacer eso. Mientras tanto, tapad a ese hombre. No creo que sea un espectáculo agradable, ¿eh?

Joey fue a por una lona, y Bobby se dirigió a la radio.

El teniente que mandaba la lancha de guardacostas dejó caer la lona y se incorporó. Se quedó mirando a los seis jóvenes deportistas, que estaban pendientes de él.

—¿Y bien, teniente? —preguntó Bobby.

—¿Dónde le encontraron?

—Justamente aquí. Ruth le vio, echamos el ancla, y lo recogimos. Luego, pensamos que sería buena idea avisarles a ustedes.

—Fue una buena idea, desde luego… ¿De dónde vienen ustedes?

—Del Essex Yacht Club, tres millas más arriba. Pensábamos llegamos al mar, para navegar sin corriente. Estreno hoy el yate y quería probar su auténtica velocidad.

—Está bien. Bueno, nosotros nos haremos cargo del cadáver.

—¿Y nosotros?

—Den sus nombres y direcciones a uno de mis hombres. Luego, sigan aguas abajo… Y que disfruten el estreno.

—Gracias, teniente.

Dos guardiamarinas se hicieron cargo del cadáver, que trasladaron a la lancha de servicio de guardacostas. Otro, tomó los nombres de los seis jóvenes. Luego, la lancha se alejó del yate, aguas abajo.

El teniente se acercó al guardiamarina que atendía la radio.

—Avisa a la policía. Diles que vamos hacia New Haven. Que nos esperen para hacerse cargo del cadáver.

* * *

El sargento Strong soltó un refunfuño cuando levantó la lona que tapaba el cadáver. Luego, miró al teniente de guardacostas.

—Bueno, entiendo que esto es un ahogado, teniente. O sea, un tipo que quizá quiso bañarse, como lo prueba que esté en

calzoncillos y camiseta…, y se ahogó. ¿Por qué nos avisa directamente a nosotros, de la Sección de Homicidios?

Strong miraba astutamente al joven oficial de los guardacostas, el cual sonrió con una cierta burla.

—Usted sabe perfectamente, tan sólo por su aspecto, que este hombre no se ha ahogado, sargento. Si quiere saber la causa de su muerte, dele la vuelta.

Strong obedeció. Ya pensaba hacerlo, desde luego, pero tenía por norma dejar hablar a la gente, dejarles mostrar sus iniciativas. Vio los dos puntitos en la espalda del hombre. Estaban hinchados por los bordes, delimitando claramente los dos orificios, muy cerca uno del otro. Las balas no habían salido por el pecho…

—Tiene todavía los plomos dentro. Buen lastre.

—Me pregunto por qué flotaba un hombre que no se ha ahogado.

—Algo de agua tragó, teniente. Los dos balazos eran mortales, desde luego, pero el hombre cayó vivo al agua. Lo suficientemente vivo para tragar agua… De acuerdo: el caso es nuestro.

* * *

Norval Younger miró a sus hombres, sonrió, y dijo:

—De acuerdo, muchachos, eso es todo por hoy. Vayan a sus trabajos. Y pórtense bien.

La docena de agentes del FBI sonrieron a la vez, asintiendo con la cabeza. La mayor parte de ellos llevaban bastante tiempo bajo las órdenes de Norval Younger, el inspector jefe de la Delegación de New Haven. Le conocían bien, le querían y, sobre todo, le admiraban. Younger tenía treinta y cinco años, pero si no hubiese sido por la pincelada de blancas hebras en las sienes, apenas si se habrían podido calcular treinta. Era alto, esbelto, de hombros tan anchos que su cintura parecía desproporcionadamente delgada; o quizá los hombros eran desproporcionadamente anchos Tenía los ojos grises, muy claros, y destacaban como dos puntos de luz en el bronceado rostro. Una luz capaz de captarlo todo, de analizarlo todo.

Universitario, deportista, abogado, agente del FBI y, finalmente, inspector jefe de Delegación. Una buena carrera, lógica en un hombre inteligente, atractivo y varonil, que sabía hacerse un amigo

con solo, una mirada amable. Era imposible no confiar plenamente en Norval Younger apenas verle.

—Queríamos hacerle una pregunta, señor —dijo uno de los agentes.

—Adelante con ella, Morton.

—Es sobre las competiciones deportivas, señor. Concretamente, nos referimos a las de regatas…

—¿Bien?

—Mmm… Bueno, hemos pensado que quizá usted aceptaría dirigir nuestra embarcación. Los de la Delegación de Miami dicen que ese triunfo no se lo va a quitar nadie…

Norval sonrió, frunciendo el ceño a la vez.

—Eso dicen, ¿eh? Bueno, vamos a dejar a esos chicos en ridículo el día de la competición.

—Será si usted acepta dirigirnos, señor.

—Vaya… Me hacéis mucho honor, Morton.

—¿Acepta, señor?

—Dirigiré vuestro viejo bote.

—¡Hurra! —exclamaron casi todos los agentes.

Norval sonrió, miró su reloj y señaló la puerta de su despacho con la recia barbilla.

—Es la hora de trabajar.

Los agentes se marcharon, cruzándose con el ayudante de Norval, que entraban en el despacho. Se plantó delante de la mesa y miró afectuosamente a su superior y amigo.

—¿Te han convencido? —sonrió.

—¿Sabías que iban a pedirme eso?

—Llevan dos días enfocando el modo de hacerlo. ¿Cómo lo han hecho, al fin?

—De la manera que a mí me gusta: directos al grano… ¿Qué es eso? ¿Estás revisando casos?

—El sargento Strong, de Homicidios, quiere verte.

—¿Sobre qué asunto?

Tom Stryker movió la carpeta que tenía en una mano.

—Precisamente sobre esta notificación que acabamos de recibir de Washington. Un tipo llamado Fred Sobell fue encontrado flotando en las aguas del Connecticut River. Tenía dos balazos en la espalda.

—¿Es eso asunto nuestro?

—Te aconsejo que leas esto antes de recibir a Strong. Es poca cosa, porque Fred Sobell no era demasiado importante.

Norval Younger tomó la carpeta, la abrió y sacó una simple hoja mecanografiada. La leyó rápidamente, asintió con la cabeza y guardó la hoja en la carpeta, y ésta en el cajón central de su mesa.

—Dile al policía que pase, Tom.

—Okay.

Strong entró pisando fuerte y mirando directamente al jefe de la delegación del FBI en New Haven. Norval se puso en pie y le tendió la mano, sonriendo.

—¿Qué tal, sargento? ¿Gusta sentarse?

Strong parpadeó, aceptó la mano, se sentó y estuvo mirando unos segundos a Norval Younger, el hombre del cual había oído hablar mucho… y al que hasta aquel momento no había tenido el auténtico agrado de conocer.

—¿Un cigarrillo? —ofreció Norval—. ¿Café?

—Aceptaré el cigarrillo, inspector. Lo cierto es que tengo algo de prisa…

—Pues entonces, vaya directo al grano.

Strong encendió el cigarrillo que le había ofrecido Norval y se le quedó mirando de nuevo, atentamente. Bueno, aquel hombre tenía un modo de mirar que le hacía sentirse a uno bien, como más descansado y algo más satisfecho de la vida…

—¿Y bien?

—Eee… Ah, sí… Bueno, unos muchachos que iban en un yate encontraron flotando un cadáver en el Connecticut River. Llamaron a los guardacostas, y el teniente que mandaba la lancha nos avisó a nosotros, porque el hombre tenía dos balazos en la espalda. Nos hicimos cargo del cadáver, y como en el Departamento no existía identificación de él, enviamos sus huellas al FBI en Washington. Nos contestaron que el hombre se llamaba Fred Sobell y que fue apresado hace unos meses por consumo de drogas. Entonces, fue internado en uno de esos lugares donde curan el vicio… La Haddam Clinic, que está no demasiado lejos del Connecticut River, aguas arriba…

—Supongo que está cerca de la localidad llamada Haddam. Es un buen lugar para la pesca aquél, sargento. Y un buen lugar para

una clínica de este tipo. Hay tranquilidad, soledad… ¿Se escapó de la clínica ese Fred Sobell?

Strong movió negativamente la cabeza.

—No lo sé… El capitán Wax me ha encargado que transmita a usted el informe del FBI de Washington. Tratándose del asesinato de un hombre que fue localizado por ustedes, un adicto a las drogas, hemos llegado a pensar que podría interesarle quedarse con el caso, ya que., es posible que Fred Sobell se escapase ayudado por alguien, y que reincidiese… Eso implica la intervención de alguien relacionado con drogas…

—¿Dónde está el cadáver?

—En la morgue, naturalmente. Fue encontrado en camiseta y calzoncillos.

Norval Younger quedó brevemente pensativo.

—De acuerdo, sargento: nos quedamos con el caso. ¿Algo más?

—Nada. Sólo que si necesitan ayuda…

Norval se le quedó mirando amablemente, pero Strong estuvo seguro de que había visto una ráfaga burlona en los claros ojos.

—Tendré en cuenta su ofrecimiento, sargento. Muchas gracias.

Strong se puso en pie y Stryker le acompañó hasta fuera de la oficina. Cuando regresó, Norval había desplegado ante él un gran mapa del estado de Connecticut, y lo estaba examinando muy atentamente.

—¿Por qué le has dejado hablar tanto, si desde Washington nos han enviado ya esa explicación, y más datos todavía?

—Porque no me gusta ser maleducado, Tom. El sargento ha venido aquí a dar explicaciones. ¿Por qué impedirle que hable? ¿Te has fijado en esto?

—¿En qué?

—Haddam está muy cerca del Connecticut River. Pero entre la localidad y el río, pasa el ferrocarril, de modo que entre éste y el río queda una estrechísima franja de terreno.

Stryker miró el mapa.

—Sí… Así parece. ¿Y qué?

—Pues que no creo que la Haddam Clinic esté en esa franja de terreno. Debe estar más al interior… Si yo tuviese que construir una clínica por esos lugares, lo haría más tierra adentro, cerca de los bosques. Es más tranquilo, menos húmedo, más agradable…

—¿Adónde quieres ir a parar?

—A un tipo que iba vestido por el mundo sólo con calzoncillos y camiseta.

Stryker parpadeó.

—Demonios, tanto que te gusta que te hablen claro, y tú me estás metiendo en un lío.

—Sólo estoy dándote a entender que si esa clínica, como debemos suponer, está hacia los bosques, ese hombre, Fred Sobell, no escapó de allí, ya que para llegar al río tendría que haber atravesado la línea férrea, por lo menos. Supongamos que habrá una buena distancia entre esa clínica y la línea férrea…, y no menos buena distancia entre la clínica y el río. En cambio…

Su dedo índice quedó apoyado en una fina línea azul, trazada como un par de millas más abajo del punto que indicaba la localidad llamada Haddam.

—Éste es el Mill River.

—Tiene peces grabados ahí.

—Lo cual —sonrió Norval— quiere decir que hay buena pesca en el Mili River. Ahora, supongamos que la clínica sí está cerca del Mill…

—Entonces, Fred Sobell sí pudo escaparse de la clínica en calzoncillos y caer al río… Luego, la corriente del Mill le llevó a la del Connecticut, en el cual desemboca.

—Parece lógico. Sólo que Sobell no cayó al río, sino que fue empujado por un par de balas. Por otra parte, un hombre que escapa de una clínica se ocupa antes en vestirse.

—Quizá Fred Sobell sabía más de lo que dijo, alguien tuvo miedo de que hablase una vez curado de su toxicomanía y quiso quitarle de en medio.

—¿Y fue a la clínica, entró en su habitación pistola en mano y Fred Sobell escapó en camiseta y calzoncillos?

Stryker se mordió los labios.

—Es una tontería, ¿verdad?

—Pues creo que sí. En primer lugar, no creo que sea fácil entrar en un sitio de ésos y meterse en la habitación de un paciente. En segundo lugar, se supone que en la clínica, Fred Sobell debía tener pijama y, por tanto, habría huido vestido de ese modo… No, no, no… Fred Sobell no huía de la clínica cuando le metieron ese par de

balazos.

—¿Vamos a investigar el caso?

—Naturalmente, tratándose de un adicto a los estupefacientes. La teoría de que quizá Sobell supiese algo importante, no hay que descartarla.

—Desde luego… Bien, llamaré a uno de los muchachos…

—No. Yo me encargaré del asunto.

Tom Stryker creyó no haber entendido bien.

—¿Tú?

—Eso es lo que he dicho. —Norval le miró irónicamente—. ¿Crees que no puedo encargarme de la investigación de un caso?

—Pues… Demonios, mejor que nadie, Norval, eso lo sé… Pero no puedes abandonar el puesto…

—Ya lo creo que puedo. En primer lugar. —Norval apuntó a Strykes con un dedo—, tengo un subjefe que puede hacerse cargo de la delegación. En segundo lugar, tengo ganas de trabajar. En tercer lugar, en ese Mili River debe haber truchas, o quizá salmones…

—Si tienes ganas de ir a pescar, tómate las vacaciones que tienes acumuladas y…

—¿Por qué desperdiciar mis vacaciones? —sonrió Norval—. Puedo ir a pescar y decir que estoy «trabajando», ¿no? Pediré autorización a Washington para salir hacia Haddam inmediatamente. Mientras tanto, localízame a Morton y dile que venga aquí. Necesitaré un ayudante por allí, ya que pienso presentarme como veraneante… Te traeré un par de truchas. O quizá salmones.

CAPÍTULO II

El gran perro lobo soltó un potente ladrido y Norval se volvió hacia la trasera del gran «Ford» con berlina donde, además del perro, estaban su maleta y los útiles de pesca.

—Tranquilo, «Zaphir»: pronto podrás correr a tu antojo por los bosques. Pero de momento tenemos que continuar aquí.

El perro volvió a ladrar, moviendo furiosamente el rabo y los cuartos traseros, agitado, impaciente. Norval sonrió, encendió un cigarrillo y continuó escrutando a lo lejos la carretera nueve estatal. Había colocado el coche a un lado, entre la carretera y la vía férrea, por la cual habían pasado ya dos trenes, lanzados a toda velocidad hacia Shailerville uno, y hacia Haddam el otro.

Cuando estaba acabando el cigarrillo, vio aparecer un coche más de los muchos que habían circulado por allí en el tiempo que llevaba esperando. Miró su reloj y sonrió. Si el agente Morton Regan era todo lo puntual que a él le gustaba, aquél no era precisamente un coche más.

No lo era.

Se detuvo al otro lado de la carretera y, en efecto, el agente especial del FBI Morton Regan se apeó de él, miró a ambos lados de la pista y la cruzó. Dio la vuelta al coche por detrás, abrió la portezuela del otro y se sentó, vuelta la cabeza, mirando a «Zaphir», que había ladeado la suya y le miraba expectante.

—Un buen chucho, señor.

—No está mal… —aceptó Norval—. Es un buen amigo, que mitiga un poco mi soledad en la casa de New-Haven. ¿Reuniste muchos datos, Morton?

—Pues creo que bastantes, señor.

—Venga, venga, al grano.

Regan encendió un cigarrillo.

—Estuve en la Haddam Clinic. Allá me dijeron que Fred Sobell fue dado de alta hace tres días y que se marchó, por su propio pie, tan tranquilo, y adecuadamente vestido. Le estaban esperando dos hombres.

—¿Dos hombres? ¿Dos policías?

—Los de la clínica suponen que no. Ellos le esperaban sin coche y se fueron caminando los tres. Eso es todo lo que saben. Conseguí la lista de los últimos pacientes dados de alta… ¿Quiere verla?

—Sí.

Regan le tendió un papel doblado y Norval leyó los nombres, que no le ayudaron en nada. Encogió los hombros y devolvió el papel.

—No cuesta nada investigar. Te llegas a Shailerville y telefoneas a Stryker. Dile que pase aviso para que sean localizadas esas personas y que se las investigue cuidadosamente. Bastará un par de días, por el momento. Es de suponer que la mayoría de ellas estarán bajo control, de todos modos… ¿Dices que Fred Sobell y los dos hombres que le esperaban se fueron a pie?

—Sí, señor.

Norval se quedó mirando fijamente a su agente.

—Está bien, está bien, Morton, sé que hay algo más. ¿Qué es ello?

—Dicen que tomaron la dirección hacia el Mili River, señor.

—Ah… Ah, ah, ah, demonios… Bien, de todos modos, no creo que si esos dos hombres iban a matar a Sobell se molestasen en desnudarle antes, ¿no crees?

—A lo mejor lo llevaron a una de las dos villas, señor.

—¿Qué dos villas?

—Bueno, hay dos quintas, separadas una de otra por menos de media milla…, y las dos muy cerca del Mill River. Estuve por allí, dando una vuelta, y las vi.

Norval Younger quedó pensativo unos instantes.

—Supongamos —musitó— que lo llevasen a una de esas dos villas. Cabe admitir que quizá alguien las alquiló…, bueno, alquiló una de ellas, para estar cerca de Sobell cuando saliese sin llamar la atención. Le llevaron allá, según parece, con no muy buenas intenciones… Pero sigo sin comprender por qué Fred Sobell estaba

en calzoncillos cuando le mataron… Mmm… Bueno, ahora sí podemos pensar que quizá carecía de pijama, de momento, y que se acostó en calzoncillos y camiseta. Y cuando estaba durmiendo, fueron a matarle… El oyó ruido, supo o sospechó algo, y se escapó por la ventana, tal como estaba… ¿Te parece lógico?

—No, señor.

—Ni a mí tampoco. Si yo quisiera matar a un tipo, no esperaría a que estuviese en calzoncillos, ni tendría ningún motivo para esperar a que se acostase. Por supuesto, cuando Sobell salió de la clínica no llevaba armas. Entonces, nada más fácil que llevarle a un sitio, meterle las dos balas en la barriga y cuento terminado.

—Le mataron por la espalda, señor.

—Lo cual quiere decir que estaba huyendo… en calzoncillos y camiseta. Demonios, esto parece un acertijo, ¿no, Morton?

—Sí, señor.

—¿Sabes los nombres de los propietarios de esas villas?

—No, señor. Tenía que venir aquí a la hora convenida, y de todos modos me pareció mejor entrevistarme con usted para que me diese nuevas instrucciones.

—De acuerdo. Verás lo que vamos a hacer… Yo me voy ahora a Haddam. Me alojaré en un hotel, tal como convinimos… ¿Cuál me has elegido?

—El Isle Hotel me pareció bueno para usted, señor.

—Pues allí estaré. Seré un pescador que tiene unos días de vacaciones, un coche y un perro, y que piensa dedicarse exclusivamente a la pesca por la parte alta del Mili River. Mi nombre será el auténtico: Norval Younger. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Bien. Ahora, tú te vas a Shailerville, le pasas a Stryker la lista de esas personas curadas en la Haddam Clinic, y que las investiguen discretamente. Luego, regresas a Haddam y te enteras de a quién pertenecen esas villas. Y me lo dices. Pero no por teléfono. En lo posible, no debes acercarte a mí, ni mucho menos, llamarme por teléfono. Toma esto.

Le tendió lo que parecía un encendedor, y Morton Regal se lo guardó sin mirarlo apenas. Sólo hizo una pregunta:

—¿Me llamará usted a mí o yo a usted?

—Yo te llamaré a ti. Esto tiene un alcance de quinientas yardas,

de modo que sólo tienes que estar cerca de mí en esa distancia. Dentro de cuatro horas, hacia las cinco, te llamaré. Procura estar cerca del Isle Hotel, en el coche. Espero que para entonces puedas decirme ya a quién pertenecen esas villas.

—Lo intentaré, señor.

—Si no te contesto, es que no estaré en el hotel, lejos del alcance de tu aparato. En tal caso, sólo puedo estar Mill River arriba, como un impaciente pescador que no puede esperar a mañana Te vas con el coche hacia allí, y cuando veas el mío cerca del río, te colocas lo más distanciado posible y esperas.

—Sí, señor.

—Eso es todo por ahora. Hasta luego, Morton.

—Hasta luego, señor.

Morton Regal se apeó del coche particular de Norval y se dirigió al suyo, perteneciente a los servicios del FBI, pero también particular, sin radio ni radioteléfono.

Segundos después se perdía en dirección a Shailerville.

Norval se volvió hacia su perro.

—Muy bien, «Zaphir»: vamos a ese Isle Hotel. Y nos iremos a pescar en seguida. A fin de cuentas, las truchas pican más al anochecer.

* * *

Hacia las cuatro y media de la luminosa tarde primaveral, Norval Younger lanzaba por primera vez el anzuelo a las transparentes aguas del Mill River, prometiéndose una fructífera tarde de pesca, A su lado, el poderoso perro lobo, cansado de dar saltos de un lado a otro mientras su amo preparaba la caña, se había sentado sobre los cuartos traseros y miraba atentamente hacia el agua, ladeada la cabeza, vigilantes los ojos.

Detrás de Norval, como a trescientas yardas, estaba una de las villas, junto a la linde del bosque señalado como patrimonio del Estado. La otra villa había quedado algo más atrás, y también estaba cerca del río. De cualquiera de ellas podía haber escapado Fred Sobell… O de ninguna, porque en cualquier momento la teoría podía venirse abajo. Pero por algo se ha de iniciar la pista, y aquella teoría era tan buena como cualquier otra.

Norval recogió la primera lanzada y volvió a lanzar. Casi en

seguida, apenas dadas media docena de vueltas al carrete, notó el tirón y lanzó un grito de alegría. «Zaphir» ladeó más la cabeza y pareció prestar todavía más atención al agua.

—Es un buen ejemplar, ya verás…

La caña se curvaba bajo los tirones de la trucha, pero Norval era veterano en el asunto y supo dominar la situación. En menos de medio minuto, con gran habilidad, la trucha estaba en la orilla, cansada, a punto de ser sacada… Un suave tirón, la rápida mano del inspector del FBI clavándose en las agallas, por encima del lomo, y asunto casi terminado. Quitó cuidadosamente el anzuelo, abrió la cesta y tiró dentro la primera pieza.

Miró su reloj. Las cinco menos cuarto. A las cinco, Morton llegaría al Isle Hotel, sabría que él no estaba allí al no ver el coche y le buscaría por el Mill River. A todo esto, serían ya aproximadamente las cinco y media… Tenía tiempo de pescar media docena de truchas.

«Zaphir» irguió las orejas, volvió la cabeza y gruñó sordamente. Norval también volvió la cabeza y sonrió.

—Tranquilo, «Zaphir»; es sólo un niño.

Debía tener siete años y se acercaba resueltamente allí, caña al hombro, y una cesta cruzada sobre el pecho. Cuando llegó, se quedó mirando al perro. Luego miró a Norval, que tras recoger la siguiente lanzada, le estaba mirando amablemente.

—Hola —dijo el chico.

—Hola, No tengas miedo de «Zaphir». No te hará nada.

—¿Puedo tocarlo?

—Habría que preguntárselo…, pero no creo que supiese contestar. Lo mejor que puedes hacer es decidirte.

El chico se acercó a «Zaphir» sin miedo alguno y le pasó la mano por la cabeza El perro miró a Norval y se estuvo completamente quieto, aceptando la caricia.

—Es un perro manso —dijo el chico.

—No te dejes engañar. «Zaphir» puede matar a un hombre fuerte y alto como yo en menos de diez segundos… ¿Vienes a pescar?

—Sí, señor… ¿Ha pescado algo ya?

Norval señaló la cesta.

—Una trucha. Puedes mirarla… Pero cuidado, que todavía salta.

El niño abrió con cuidado la cesta, echó un rápido vistazo y la

cerró en seguida. Hizo un gesto un tanto despectivo.

—No es muy grande —comentó.

—¿No? Bueno, a mí me parece una buena pieza…

—Yo las he pescado mayores.

—¿De veras? Pues… Vaya, si te picaron a ti, espero que también me piquen a mí.

—¿Qué pone?

—Cucharilla. ¿Y tú?

—También… A veces pongo mosca. O gusano.

—Está bien… Entiendo que eres un gran pescador, ¿no?

—Me gusta pescar. Mamá dice que sé mucho.

—Ah…

—Me llamo Jerry Makely. ¿Y usted?

—Norval Younger. Él se llama «Zaphir».

—Ya dijo antes el nombre… ¿Puedo pescar cerca de usted?

—Pues… Desde luego. Pero creo que eso no es de buen pescador, ¿no te parece?

—Hay muchas truchas aquí. Y siempre vengo a este sitio.

—Comprendo… Eso quiere decir que el intruso soy yo, ¿no es eso?

—No le he visto nunca por aquí…

—Pues me verás algunos días. De todos modos, como no me gusta molestar a nadie, creo que iré un poco más río arriba, y dejaré libre tu sitio. Sé muy bien lo maniáticos que somos los pescadores respecto a estas cosas.

—La verdad es que no tengo muchas ganas de pescar hoy…

—¿No? Asombroso… Pero entonces, ¿por qué has venido?

—A mamá le gustaría cenar trucha hoy.

—Entiendo. En mi opinión, no debes defraudar a tu madre… ¿Has venido a pie?

—Claro.

Norval se rascó la nuca.

—Bueno: ¿te vas tú más arriba o me voy yo?

—Yo iré…. ¿Cree que «Zaphir» querría venir conmigo?

—Me temo que no.

—¿Sabe lo que no me gusta mucho de la pesca?

—No… ¿Qué es?

—Tener que estar callado.

—Pues eso es de mal pescador, también… ¿Crees que te distraerías charlando con «Zaphir»?

—Parece un perro listo.

—Lo es… Ve con él, «Zaphir».

El perro se puso a cuatro patas, y se quedó mirando al chiquillo, el cual miró admirativamente a Norval.

—¡Le ha entendido…!

—Ahora estoy enseñándole a hablar —sonrió Norval—. Llévatelo, y cuéntale tus cosas, pero no esperes que te conteste.

—¿Y si me quedase aquí? ¿A usted le molesta hablar?

A Norval Younger le encantaba hablar. Pero, en todo caso, jamás habría dicho que le fastidiaba la presencia de un niño tan serio y de tan clara y concreta conversación.

—No me molesta… ¿De qué te gusta hablar?

—No sé… De todo. ¿Por qué no vuelve a lanzar? Está usted dejando pasar cientos de truchas.

—Es cierto… Bueno, con tu permiso…

Se volvió hacia la corriente y lanzó el anzuelo. El niño se sentó en la hierba, junto a «Zaphir», que volvió a dejarse caer de cuartos traseros, y se quedó mirando a Jerry Makely con ojos que parecían sonreír, mostrando su gran lengua y sus afilados colmillos.

Por tres veces, Norval lanzó y recogió, sin resultado. A la cuarta vez, el tirón fue tan fuerte que le sorprendió acercándolo más a la orilla. Lamentó no haberse puesto las botas, pero ya llegaría la ocasión. De una cosa estaba convencido: a aquel lugar iba a volver en cuanto tomase sus auténticas vacaciones.

Jerry Makely se había puesto en seguida en pie, y corría hacia la orilla con la red, mientras el inspector del FBI tiraba suavemente del hilo, dando rápidas vueltas bien medidas al carrete.

—¡Eh…! ¡Ésta sí que es grande, señor Younger…! ¡Lo menos debe pesar cuatro libras…! Acérquela… ¡Acérquela, que yo la recojo!

—Ten cuidado… No quiero que caigas en esas aguas heladas…

La trucha se acercaba prendida en el anzuelo, resistiéndose tenazmente a ser sacada del agua. Pero la habilidad de Norval era mucha, y Jerry Makely resultó ser un experto y eficaz auxiliar. En pocos segundos, la trucha se encontró dentro de la red, y muy poco después pasaba a la cesta de mimbre.

—¿Le gusta a «Zaphir» el pescado, señor Younger?

—Pues… Le gusta más la carne, pero si fuese necesario comería pescado.

—A lo mejor se come la trucha, si usted se descuida.

—«Zaphir» jamás haría eso, Jerry… Voy a proponerte algo que te permitirá pescar sin tener que montar los aparejos. Dejé mi tabaco en el coche, de modo que tú lanzas y yo voy a buscarlo… ¿Te parece bien?

—¡Sí, señor!

—Pues adelante.

Dejó la caña en manos del niño, fue hacia, su coche, tras una seña al perro para que permaneciese allí, y se encerró en el vehículo, que tenía las ventanillas abiertas. El calor empezaba a disminuir, pero todavía resultaba considerable.

Miró hacia el río, y vio a Jerry Makely lanzando la caña, con fuerza. «Zaphir» miraba hacia el coche, pero permanecía como clavado en el sitio. Sacó el paquete de cigarrillos de su bolsillo, sonriendo, y de él extrajo uno, que se colocó en los labios. Lo encendió, guardó el encendedor, y sacó el otro. Oprimió el botoncito.

—¿Estás ahí, Morton?

—Sí, señor.

—Muy bien… ¿Me estás viendo?

—Le vi antes, pero regresé a mi coche y ahora no le veo… Un niño iba hacia ahí, señor.

—Sí, ya sé… Él no puede oírnos… ¿Qué has averiguado?

—Lo que usted me pidió: sé a quién pertenecen esas dos villas.

—Adelante.

—Una de ellas, la más cercana a Haddam, pertenece, en propiedad plena, a una mujer llamada Edith Winchell, que, según parece, vive sola… Dicen que es joven, muy bonita…

—¿A qué se dedica?

—A nada. Simplemente está ahí. Tiene dinero, lleva una vida muy tranquila y normal, aparece con cierta frecuencia por Haddam, y eso es todo.

—Bien. ¿Y la otra villa?

—También pertenece a una mujer. Es viuda. Pero dicen que es más bonita que Edith Winchell, y no mucho mayor… Se le calculan

de veinticinco a treinta años. Es oftalmóloga, pero lleva bastante tiempo en esa villa. Que se sepa, no ejerce, a pesar de que estaba considerada como una cirujana oftalmóloga de primera categoría. Se llama Deborah Makely…

—¿Makely? ¿Ése es su nombre de casada?

—Sí… Tiene un hijo. Un niño de unos siete años… ¡Un momento! Ese niño que antes iba hacia donde está usted…

—Tranquilo, Morton. Efectivamente, el chico se llama Jerry Makely, me dijo que había llegado a pie… Claro. Lo que no le pregunté era de dónde venía… ¿Tienes algo más?

—No, señor… Bueno, lo de las balas que han sido extraídas del cuerpo de Fred Sobell.

—¿Qué hay con ellas?

—Han sido enviadas a Washington, a balística. Parece ser que corresponden a una automática del 45, y hay indicios de que fueron disparadas con silenciador.

—Está bien, Morton. ¿Pasaste el recado de vigilar a las personas que fueron dadas de alta de la Haddam Clinic al inspector Stryker?

—Sí, señor, claro…

—Ríes eso es todo. Regresa a Haddam, alójate en donde prefieras, y a las diez procura estar cerca de mi hotel, porque volveré a llamarte. Me dirás dónde estás, y si se sabe algo del trabajo que Stryker esté realizando por ahí. Hasta luego.

—Hasta luego, señor.

Norval cortó, quedó pensativo unos segundos, mirando hacia el río. Guardó la pequeña radio, se apeó, y regresó al Mill. Seguramente, el muy conversador Jerry contestaría a algunas preguntas sin darse cuenta de que le estaban interrogando…

Capítulo III

—¿Has pescado algo?

—No, señor… Me parece que hoy tengo mal día. Dicen que los pescadores tenemos días tontos, que más valdría habernos quedado en casa.

—Claro… Y es cierto, de veras. ¿Quién dice eso? ¿Tu madre?

—No, señor… Algunos amigos.

—¿Tienes amigos?

—Algunos… El mejor es el señor Barnes. De cuando en cuando nos visita a mamá y a mí.

—Ah… ¿Y tu papá?

—No tengo. Mamá dice que murió hace tiempo.

—Ya… ¿Trabaja tu mamá?

—No sé… Ella está siempre en casa.

—¿Siempre en casa? Pero recibirá algunas visitas, supongo…

—Oh, sí… El señor Barnes, y unos amigos suyos, vienen a vemos de cuando en cuando… La señorita Winchell también nos visita bastante… La señorita Winchell es nuestra vecina.

—¿La que vive en la otra casa cerca del río?

—Sí, señor.

Norval Younger lanzó la caña, y comenzó a hacer girar el carrete, como distraído.

—¿Y la señorita Winchell también vive sola?

—Sí… A veces tiene visitas, pero no las conozco El señor Barnes también es amigo de ella, y la visita mucho… Más que a mamá, me parece.

—¿Es bonita la señorita Winchell?

—No sé…

—¿Tu mamá no trabaja en Haddam, o New Haven o en

cualquier otro sitio?

—No sé…, ella siempre está en casa.

—¿Vivís los dos solos?

—Sí… Pero a veces, me voy a Haddam a pasar un par de días. Allá me divierto bastante.

—Tu mamá también debe divertirse, supongo.

—Ella no viene… Vaya, esta vez tampoco ha picado. Sería mejor que tirase cerca de la otra orilla. Las truchas son muy astutas… Se esconden bajo las piedras en cuanto ven algo que no les gusta… La sombra del pescador en el agua las asusta.

—Seguro que sí, Jerry. Sólo que mi sombra va para atrás, no hacia el agua. Vamos a probar otra vez…

Volvió a tirar. Jerry siguió la trayectoria del anzuelo, y se quedó con los ojos fijos en el agua, allá donde cayó. Norval empezó a tirar, y, casi en seguida hubo un nuevo tirón.

—¡Otra! —gritó el chiquillo—. ¡Usted sabe pescar mucho, señor Younger…!

—Es sólo suerte: Sabía lo mismo hace unos meses, y hubo un día en que no pesqué ni una… Bueno, toma la red… Parece que ésta también va a dar un buen peso…

Era un buen ejemplar, desde luego. Pasó a la cesta, y Norval estuvo mirando a Jerry mientras la cerraba.

—Creo que ya he pescado bastante por hoy. Las cosas agradables hay que espaciarlas, para que sepan mejor. Mañana volveré muy temprano, y espero que siga la racha… ¿No has de ir a Haddam, Jerry?

—No, señor… ¿Se las comerá todas?

—¿Las truchas? Pues no… Creo que con una quedaré más que satisfecho… ¿Por qué?

Jerry Makely hurgó con un pie en el suelo.

—Bueno, si no se las va a comer… Como yo no he pescado nada, y no creo conseguirlo hoy… ¿Le he dicho que a mamá le gustan mucho las truchas? Precisamente esta noche le habría gustado cenar trucha…

—Haremos una cosa —sonrió Norval—. ¿Crees que tienes cerveza en tu casa?

—Sí, señor… Bueno, creo que sí.

—Te cambio dos truchas por una cerveza, ¿vale?

—¡Sí, señor! Vivo cerca de aquí, en aquella casa…

—¿De veras? Estupendo, Jerry. Iremos allá y… ¿Crees que a tu madre va a molestarle que yo vaya allí?

—No, señor… Supongo que no… ¿Usted va a ir en el coche?

—Claro. No voy a dejarlo aquí…

—¿Puedo ir yo a pie con «Zaphir»?

—Seguro que sí. Anda, echa a correr… El irá detrás tuyo en seguida.

Jerry Makely echó a correr hacia la casa, mirando atrás. Norval le hizo tina seña al perro, que tras ligerísima vacilación se fue detrás del muchacho. El inspector del FBI recogió sus cosas, fue al coche, las colocó detrás, y puso en marcha el vehículo, hasta llegar al camino que daba un pequeño rodeo antes de llegar a la casa.

Cuando detuvo el coche delante de ésta, pudo verla más a sus anchas. No era muy grande, pero sí muy bonita, con persianas verdes, techo rojo, y un gran porche con muchas macetas. Ocupaba, en total, muy poco terreno, todo rodeado de una valla blanca, muy baja, que tenía una batiente delante de la fachada. A los lados había rosales y hasta el hombre del FBI llegó el perfume de las rosas, como algo delicioso, lleno de paz… No se oía nada.

Se apeó y cruzó la pequeña batiente pintada de blanco. Un senderillo corto llevaba al porche, y mientras lo recorría, el aroma, el intenso perfume de las flores se hizo más fuerte, como una caricia de bienvenida… La puerta de la casa estaba abierta, pero no se veía a nadie allí. No cabía duda de que Jerry había corrido con ganas para llegar a la casa antes que él… Ni siquiera había rastro de «Zaphir».

Se desvió hacia los rosales. Todos eran de los llamados «rosales de Alejandría», de tallo muy verde; las flores resultaban muy fragantes, aunque un tanto pequeñas y apretadas. Pero estaban mal dispuestos, quedaban formando un conjunto asimétrico que no acabó de gustarle. No llegaban de punta a punta de la valla, sino que en ambos lados faltaban algunos rosales. En el izquierdo había siete, y en el derecho, seis. Con cuatro o cinco rosales más por lado, las vallas habrían quedado completamente adornadas, y el conjunto sería más logrado, adornaría de modo más simétrico las…

El ladrido de «Zaphir» casi le sobresaltó. Se volvió hacia el porche vivamente, iniciando una sonrisa…, que quedó en la mitad.

No sabía qué tal sería aquella señorita Winchell, la vecina de los Makely, pero, desde luego, tenía que ser cierto lo que se decía respecto a que Deborah Makely era más hermosa… Eso, suponiendo que fuese aquella mujer que estaba en el porche, mirándole fijamente.

Norval se acercó, sin dejar de mirar a la mujer. Tenía los cabellos rubios, los ojos verdiazules, la boca sonrosada, la barbilla muy fina y graciosa, pero firme, decidida. Llevaba una falda verde oscuro y un jersey negro, de agudo escote, sin mangas. La blancura de su carne resaltaba extraordinariamente. Sus brazos eran perfectos, de codos diminutos, los hombros elegantes, el cuello largo, la cintura esbelta, las caderas bien curvadas…

—¿Es usted el señor Younger?

La voz era suave, pastosa, acogedora. Una voz sedante, bien medida, sin estridencias. Voz de locutora para desear buenos y felices sueños…

—Sí… Sí, señora… Bien…, supongo que usted es la madre de Jerry…

—Así es. Entiendo que usted ha hecho un trato con mi hijo, señor Younger.

—Pues… Realmente, lo dije como una broma… Yo… creí que el muchacho se sentiría más satisfecho si cambiaba las truchas en lugar de recibirlas como regalo de un pescador más afortunado. Quiero decir…

—Sé lo que está tratando de decir, señor Younger, y sus intenciones me parecen buenas… ¿La prefiere fría o natural?

—¿El qué?

—La cerveza.

—¿La…? Ah, sí, la… Fría. Fría, señora Makely; muy fría…, si es posible.

—¿Quiere usted entrar en la casa?

—No quisiera molestar.

Ella le miró, desde lo alto del porche, con mucha atención. Tuvo un instante de vacilación, como… como si se descongelase un poco. Pero se sobrepuso, y mantuvo su actitud cortés, pero poco acogedora.

—La verdad es que no suelo recibir visitas, señor Younger… Ni las deseo. Sin embargo, su amabilidad tampoco es usual. Debo

agradecerle las dos truchas que me ha obsequiado.

—Bueno, no ha sido nada… Y… Bien, señora Makely, quizá tome esa cerveza en otra ocasión, ya que no me gusta molestar a nadie.

Ella le miró con reconcentrada atención.

—Pase, señor Younger.

Norval subió al porche. Deborah Makely era una mujer alta, pero cuando el inspector del FBI estuvo a la misma altura que ella, sólo le llegó por la boca, a pesar de sus zapatos de tacón alto. Los hombros del inspector del FBI, interpuestos entre la mujer y el sol que se dirigía hacia el ocaso, dejaron en sombra el rostro de Deborah Makely. Ella parecía un poco sorprendida, asombrada. De pronto se sonrojó ligeramente, dio la vuelta y caminó hacia la puerta. Quedó junto a ésta.

—Fase, por favor.

Norval entró en la casa. Se encontró en un espacioso *living-hall*, muy confortable, bien amueblado. Había algunos sillones, un sofá, un mueble-bar, un televisor, biblioteca… En el centro, el hueco de una chimenea, con algunos troncos sin encender. Había cuadros, cortinas de alegres colores, visillos… El ventanal daba a la fachada de la casa; y había otro que daba al lado izquierdo. Luego, un corto pasillo, en el cual se adivinaban las puertas de las habitaciones…

—¿No quiere sentarse?

—EE… Oh, sí, gracias…

Se sentó en un sillón, un tanto cohibido. Aquella mujer era educadísima, de suaves modales, pero estaba bien claro que no se sentía precisamente alegre por su presencia en la casa. «Zaphir» se sentó en la alfombra, cerca de los pies de Norval, el cual sonrió un tanto convencionalmente, sin saber qué decir.

Y dijo:

—Tiene una bonita casa, señora Makely.

—Gracias. Le traeré la cerveza.

—Mire… En realidad, puedo tomarla dentro de diez minutos en Haddam, de modo…

—Jerry le ha invitado a cerveza, señor Younger.

—Oh, bien… Bueno, no debe sentirse obligada por un par de truchas. Será un placer para mí obsequiárselas, no cambiárselas. Es que… me pareció que Jerry estaría contento de tener un rato más a

«Zaphir» con él, y… Bien…

—Iré a por la cerveza.

Deborah Makely se fue hacia la cocina, y Norval miró un tanto reprobativamente al chico.

—Bebiste decirme que a tu madre no le gustan las visitas, ¿no te parece?

Jerry encogió los hombros, se sentó junto a «Zaphir» y empezó a pasarle una mano por el lomo.

—Me gustaría tener un perro como éste, señor Younger… Pero mamá no quiere.

—Es de suponer que tendrá sus motivos. Mmm… ¿Te gusta la televisión?

Jerry volvió a encoger los hombros.

—Me gustaría tener un perro como «Zaphir»… ¿Es de caza?

—Pues… no precisamente. Digamos que no es de la caza a que tú te estás refiriendo.

—No comprendo.

—Es un perro peligroso, de veras. Ya te lo dije antes… ¿Nadie os visita nunca?

—El señor Barnes, sus amigos, la señorita Winchell…

—¿Pero nadie se queda aquí a dormir?

Jerry parpadeó.

—¿A dormir? No sé… Claro que no.

—¿Por qué no le gustan las visitas a tu madre, Jerry?

Jerry no tuvo ocasión de contestar, porque su madre apareció, procedente de la cocina, llevando una botella de cerveza y un vaso. Dejó ambas cosas delante de Norval, en la mesita, y se le quedó mirando fijamente.

—Las visitas, señor Younger, no me gustan porque se dedican a hacer preguntas.

Norval Younger enrojeció bruscamente.

—Le ruego que me perdone, señora Makely… Le aseguro que mi intención no es…

—La cerveza se calentará pronto, si no la bebe. De noche —señaló hacia la chimenea—, todavía tenemos que encender el fuego alguna vez, pero de día hace bastante calor.

—Sí… Bien, me la tomaré en seguida.

—Mamá: ¿se ha quedado alguien a dormir aquí alguna vez?

Deborah pareció recibir un suave impacto, y su color se aclaró un poco en el rostro.

—¿A dormir aquí…? ¿Por qué preguntas eso, Jerry?

Norval se apresuró a desviar la conversación recién iniciada entre madre e hijo:

—Estaba pensando, Jerry, que quizá mañana temprano te gustaría ir a pescar conmigo. Creo que más río arriba habrá mejores truchas, y podríamos hacer un., campeonato.

—Jerry se levanta algo tarde, señor Younger.

—Oh… Claro… Bueno, sólo pretendía… Me temo que no soy lo bastante simpático para… descongelar un poco la situación, señora Makely. Y supongo que no le parecerá agradable que insista en venir por su casa. La verdad es que es un chico simpático, y… Creo que será mejor que termine esta cerveza, ¿verdad?

Deborah no contestó, y Norval era hombre que podía comprender muy bien incluso los silencios. Se puso en pie después de acabar casi precipitadamente la cerveza, y carraspeó:

—Muy agradecido, señora Makely. Mmm… Buenas tardes, y perdone mi intromisión. Hasta la vista, Jerry.

—¿No podría quedarme con el perro hasta mañana, señor Younger? Se lo devolvería, de veras.

—Te creo… Pero temo que sea pedirle demasiado al pobre «Zaphir». Está acostumbrado a dormir siempre con mi olor pegado a su olfato. Seguramente, se escaparía para venir a reunirse conmigo al Isle Hotel, donde estoy alojado. Pero quizá puedas verlo en otra ocasión, ya que estaré pescando por aquí unos cuantos días. Bien… Hasta la vista.

Se dirigió hacia la puerta. «Zaphir» se adelantó, saliendo al porche antes que él, moviendo todo su cuerpo al compás del peludo rabo. Apenas en el porche, el perfume de las rosas llegó de nuevo al olfato del inspector del FBI, que se volvió hacia la madre de Jerry.

—Son unos hermosos rosales, señora Makely… Rosas de Alejandría…, ¿verdad?

—No sé… Sí… Sí, creo que se llaman así.

—Son muy fragantes. Tenía un amigo que… Oh, bien… Adiós…

—Adiós.

Bajó del porche, tras una vacilación respecto a tenderle o no la mano a la mujer. Optó por lo último, porque la actitud de ella

estaba bien clara en ese sentido.

Jerry fue con él por el senderillo, dando tirones a la pelambre de «Zaphir», que aceptaba con resignación y benevolencia las «caricias» del niño. Norval subió a su coche, y «Zaphir» se coló rápidamente tras él, hacia la trasera.

—Si mañana vuelve nos veremos en el río, señor Younger.

—Pues yo pienso volver, desde luego… Pero no quisiera que tu madre se disgustase, Jerry. Quizá no le guste que hables con desconocidos. Hasta la vista.

—Adiós… Adiós, «Zaphir».

Norval puso en marcha el coche, dirigiendo una última mirada, de reojo, a Deborah Makely. Podía parecer cualquier cosa menos una cirujana oftalmóloga. El inspector del FBI se preguntó qué ocurriría cuando Deborah Makely sonriese. El espectáculo debía ser algo digno de verse: sería como la súbita aparición del sol por entre nubes grises.

Una bonita y agradable casa, una hermosa mujer, esbelta y todavía joven, y tan hermosa, que cualquier hombre tenía que sentirse impresionado ante ella. Pero arisca. Sin embargo, a pesar de su sequedad, Deborah Makely era una flor mucho más hermosa y fragante que aquellas rosas que en su jardín exhalaban aquel intenso perfume…

Pasó por delante de la otra villa, la que pertenecía a la mujer llamada Edith Winchell. No vio nada que le llamase la atención, aunque, por supuesto, un simple vistazo, pasando en coche, no era precisamente una inspección que pudiese ser tenida en cuenta de ninguna manera… Al día siguiente, o quizá al otro, se las arreglaría para visitar a la muchacha llamada Edith Winchell, y echar un vistazo a la casa. Naturalmente, si ella sabía algo de lo ocurrido con Fred Sobell, no lo diría. Tampoco Deborah Makely parecía persona a la cual resultase fácil sonsacar. Pero estaba el simpático Jerry, al cual, con muy poco esfuerzo, conseguiría ir arrancándole respuestas que quizá resultasen interesantes…

Porque la teoría del hombre en calzoncillos, saliendo de aquellas casas, escapando de alguien que tenía una pistola, y con la cual le metía dos balas en la espalda, empujándolo a la corriente del Mill River, la cual llevaría a Sobell al Connecticut River, hacia el mar, iba afianzándose en el ánimo de Norval Younger. De todos modos,

lo máximo que podía ocurrir era que perdiese allá míos cuantos días.

Tenía que ir al hotel… Se cambiaría, se darla una vuelta por Haddam, y quizá iría al cine. A las diez llamaría a Morton Regan, el cual, seguramente, debería tener ya noticias de las investigaciones en torno a las personas de aquella lista de toxicómanos curados en la Haddam Clinic…

* * *

—¿Estás ahí, Morton?

—Sí, señor. ¿Cómo fue la pesca?

—Regular. La dejé, porque me interesaba conocer a Deborah Makely, y tuve una oportunidad… ¿Hay noticias de la Delegación?

—He llamado al inspector Stryker, señor… Hay noticias.

—¿Sobre las personas de la lista?

—Sí, señor… Había siete, ¿recuerda?

—Sí.

—De esas siete personas, cinco están en sus casas, con sus familias, y parece que se han retirado completamente del vicio, y que llevan una vida normal. Sin embargo, el inspector Stryker ha dado orden de que se les vigile unos días, como usted indicó.

—Está bien, está bien… ¿Qué pasa con las otras dos personas?

—Nada.

—¿Cómo «nada»?

—Han desaparecido. Nadie las ha vuelto a ver.

—¿Que nadie…? Oye, oye, espera… ¿Quieres decirme que esas personas han desaparecido, y que sus familias no se interesaron por ellas a su debido tiempo?

—No tenían familia, señor.

—Mmm… ¿No tenían familia?

—No, señor. Ninguno de los dos. Ambos eran… digamos personas poco gratas a la sociedad. Los dos tenían antecedentes en la policía, y también nosotros tenemos sus fichas en Washington.

—Entiendo, entiendo… Pero…, ¿han desaparecido? Vamos, eso es un poco prematuro para afirmarlo, Morton.

—Desde luego, señor. Pero ocurre que ambos eran de New Haven… El inspector Stryker ha movilizado a nuestros confidentes. Los dos tipos eran bastante conocidos en los bajos fondos… Todo lo

que saben de ellos es que fueron llevados a esa clínica, la Haddam. Luego, nada.

—Pero ellos salieron ya de la clínica… Tienen que estar en alguna parte… Quizá en Nueva York.

—El inspector Stryker ha pasado aviso allá, señor. Les están buscando los agentes de esa delegación, han corrido la voz por toda su red de confidentes. Pero por el momento, la versión… oficial, es que han desaparecido.

Norval quedó pensativo tanto rato, que Morton Regan le llamó.

—¿Me oye, señor? ¿Está usted…?

—Estoy aquí, Morton… Tienes que volver a llamar a Stryker. Dile que quiero saber si Fred Sobell tenía familia.

—¿Relaciona lo ocurrido con Sobell con la desaparición de los otros dos, señor?

—Algo hay que pensar, ¿no?

—Pero entonces… serían tres muertes, no una.

—Tres… «que nosotros sepamos». El caso empieza a interesarme todavía más, Morton. Haz lo que te he dicho. Te llamaré mañana, hacia las cinco…

—¿De la tarde?

Younger sonrió amablemente.

—De la mañana. Voy a ir de pesca… Y no sólo de truchas. A ver si entonces sabes algo más.

—De acuerdo, señor. Buenas noches.

—¿Estás pensando irte a dormir, Morton?

—Bueno… Claro… ¿No?

—No. Coge el coche y vete a vigilar las dos casas. Irás de una a otra, paseando, y así no pasarás frío. De todos modos, abrígate bien. Y que no te vean. ¿De acuerdo?

—Vaya nochecita que me espera… De acuerdo, señor.

—A las cinco te vienes para aquí. Te llamaré entonces, y mientras yo voy de pesca, tú podrás dormir, en tu hotel, esperando nuevas noticias de la Delegación… ¿Alguna duda?

—Ninguna, señor. Que descanse.

—¡Lo mismo te deseo! —rió Norval.

CAPÍTULO IV

Ninguno de los dos lo consiguió.

A las dos y media de la mañana, el diminuto radio-receptor, que Norval había dejado en la mesita de noche, emitió su debilísimo zumbido de llamada. El inspector del FBI se agitó, dio la vuelta hacia un lado… y el zumbido se repitió. Younger se sentó en la cama, momentáneamente desconcertado, a oscuras. Y justo cuando el aparato estaba emitiendo el tercer zumbido, sus dedos lo encontraban en la mesita.

—¿Morton?

—Señor, algo está ocurriendo en la casa de Edith Winchell. Han llegado cuatro hombres, en un coche cerrado, negro. Uno de ellos era… No sé… He visto algo raro en él, pero no sabría decirle exactamente qué cosa rara era.

—¿No podías esperar para decírmelo? Has debido quedarte allá, vigilando a ver qué hacen esos tipos, Morton.

—Se marcharon ya, señor, en el coche. Es decir, se marcharon solamente tres. Al que le encontré algo raro se ha quedado. He seguido a los otros tres a un hotel, y como he supuesto que se decidirían a dormir, me ha parecido qué debía ponerme en contacto con usted.

—Eso está mejor… ¿Y no ha ocurrido nada en la casa de los Makely?

—No, señor… Ya hace horas que allá se apagaron las luces y nadie se ha acercado por allí. ¿Qué hacemos respecto a los tipos que se han alojado en el hotel?

—¿Qué hotel?

—Haddam River.

—Vigílalos… ¿Estás ahora cerca de mí, en tu coche?

—Sí, señor.

—Tendrás que vigilarlos. Lo siento, muchacho.

—Tranquilo, señor. Una vez estuve setenta y cinco horas sin dormir. Fue un buen entrenamiento.

—Eres un gran tipo… —sonrió Norval—. Verás cómo les vamos a zumbar de lo lindo a los de Miami en eso de las regatas.

—No sé, señor… Antes de venir hacia aquí, a última hora, me enteré de algo en la Delegación: John Autry, el famoso remero de Miami, va a remar con los de allá.

—Vaya por Dios… Están decididos a ganar, según parece… Oh, Morton, una cosa; ¿cómo son esos tres tipos?

—Jóvenes, altos, fuertes… Bueno, tendrán como unos treinta o treinta y cinco años. Visten bien, correctamente. Uno de ellos es pelirrojo.

—Buena señal… Procura tomarles a los tres unas microfotos en cuanto salgan del hotel. Y si es posible, suponiendo que en algún momento dejan su coche a tu alcance, intenta tomar fotos de las huellas en el volante, o en el capó… Donde sea. ¿Tienes ahí película adhesiva, polvos…?

—Tengo de todo, señor. El inspector Stryker me advirtió que me cortaría los brazos, para que no pudiese remar, si usted me pedía algo y yo no lo tenía.

—Demonios… Parece que Stryker se ha puesto de parte de los remeros de Miami, ¿no?

—¡Sí, señor! —rió Morton—. Haré todo lo que usted ha dicho, señor, se lo aseguro.

—Pero cuidado, Morton: tiene dos brazos… y una sola vida. Yo prefiero verte sin brazos. ¿Entiendes? —Tiré con cuidado. ¿Algo más?

—Nada. Dormiré un par de horas más, ya que no creo que el huésped de la señorita Winchell se vaya esta noche. Luego, iré a pescar, y me las arreglaré para hacerle una visita a Edith Winchell. Corto.

—Hasta la vista, señor.

* * *

A las cinco menos seis o siete minutos de la mañana, Norval Younger y «Zaphir» salían del garaje del hotel, en el gran «Ford».

Faltaba todavía no menos de media hora para el amanecer, y hacía un fresco considerable. Pero eso se remediaría pronto en un par de horas, cuando el sol ya estuviese tan sólo un poco alto.

El recorrido hasta el lugar elegido era de unas cinco millas, justo en el centro de Cockaponset State Forest. El camino era más bien malo, pero el coche tenía una suspensión formidable, y Norval era un conductor experto, sereno.

Cuando salió el sol, el inspector del FBI ya estaba junto al Mill River, cerca de su nacimiento, precisamente donde se juntaba con el Beaver, que, según las indicaciones del mapa del Estado, todavía era más truchero que el Mili. Eso quería decir que la trucha, en su búsqueda de agua helada y corriente, no podía encontrarse en ningún lugar mejor que allí, donde se juntaban dos torrentes transparentes. Norval se colocó las altas botas de goma, y se metió en la corriente de modo que pudiese lanzar hacia el Beaver, el cual debía tener más peces, ya que continuaba hacia arriba, mientras que el Mili pronto quedaría cortado… Claro que había quien decía que era al revés, y que sería en el Mili donde más posibilidades habría de una buena pesca…

A las siete de la mañana, tenía media docena de hermosas truchas en la cesta, y decidió descansar. Salió del río, se quitó las botas, y se preparó irnos bocadillos, que engulló con buen apetito, empujándolos con frecuentes tragos del café del termo.

Luego, se tumbó en la hierba, encendió un cigarrillo, y se dedicó a otro de sus pasatiempos favoritos: pensar. Y fue entonces cuando se dio cuenta de que en todo momento, desde que la conociera, había estado pensando en Deborah Makely.

Esto le sorprendió, porque supo que no pensaba tanto en ella debido a las sospechas más o menos plausibles respecto a que Fred Sobell hubiese o no hubiese estado en su casa… No. No era por eso. Pensaba en Deborah Makely desde un punto de vista estrictamente personal.

El descubrimiento no le gustó. Lo peor que podía ocurrirle a un hombre del FBI entregado a su trabajo era considerar las cosas desde el punto de vista personal. Una eficaz labor requería una absoluta frialdad, un ver las cosas de un modo frío, impersonal…

¿Era posible?

¿Era posible eso para un hombre que recordaba con toda

exactitud los labios, la barbilla, los ojos de una de las sospechosas?

Se estaba tan bien allí, al sol, que cuando se dio cuenta eran las nueve de la mañana. Se sentía confundido y un tanto irritado porque no conseguía dejar de pensar en Deborah Makely, pero decidió dedicarse de nuevo a la pesca, siquiera fuese una hora más, le distraería.

Hacia las diez, cuando estaba tirando de la novena trucha, oyó el ruido de un coche acercándose por el estrecho camino que quedaba cortado a unas setenta yardas de la orilla del río, que era donde había dejado su coche.

Poco después, y mientras sostenía la última pelea con la trucha, ya en la orilla, vio aparecer a los Makely, madre e hijo. Se sorprendió tanto que la trucha estuvo a punto de recuperar la libertad. Se apresuró a sacarla completamente del agua, la tiró a la cesta, y se quedó mirando a los muy inesperados visitantes.

Realmente, parecía ahora muy lógico que no hubiese podido olvidar a Deborah Makely. Llevaba pantalones largos, un jersey casi tan escotado como el de la tarde anterior, un pañuelo al cuello… y lucía una sonrisa más que aceptable.

Ahí estaba lo más extraordinario: la sonrisa. Una sonrisa cordial de buenos días, de bien hallado. Y, sin embargo, Norval Younger supo que aquélla no era la auténtica sonrisa, la que él había esperado ver en los labios de Deborah Makely.

«Zaphir» había alzado las orejas, y miraba a Jerry y a Norval, a la espera de alguna indicación. El rabo del perro se movía suavemente.

—¡«Zaphir»! —llamó Jerry—. ¡Ven aquí, «Zaphir», corre!

—Ve con él —dijo Norval.

El perro saltó hacia arriba, ascendiendo la suavísima ladera que llevaba allí, a la orilla del río, desde el camino. Jerry se abrazó al animal, que casi le derribó con la fuerza de su último salto. Algo más abajo, Deborah llegaba junto a Norval, que parecía muy interesado en ordenar el contenido de su cesta de pescador.

—Buenos días, señor Younger.

—Buenos días, señora Makely… ¿Se ha perdido?

Ella sonrió de nuevo, y de nuevo Norval supo que bajo aquella sonrisa no había nada.

—No creo que pudiese perderme por estos lugares… Jerry

insistió en venir con usted, me dijo que me enseñarían a pescar entre los dos, y me… dejé convencer.

Norval estuvo unos segundos mirando atentamente a la hermosa mujer, alzada la cabeza, todavía arrodillado junto a la cesta.

—Eso dice mucho en favor de usted… Entiendo que estos lugares son del Estado, señora.

—Sí… Así es. ¿Por qué dice eso?

—Porque me gustaría quedarme un par de horas más.

Deborah enrojeció.

—¿Le parece necesario recordarme que anoche no estuve muy cortés con usted? Además, no le eché de casa. Solamente…

—Solamente me dio a entender que estaba mejor sin mi compañía… Bueno, eso me parece natural. A fin de cuentas, no tiene por qué sentirse contenta, feliz y bien dispuesta porque llega un desconocido cualquiera que tiene un perro que le gusta a su hijo.

Ella se quedó mirando las cristalinas aguas, en silencio, durante unos segundos. Más arriba, «Zaphir» y Jerry, bajo la dirección de éste, continuaban jugando sobre la hierba.

—¿Ha…, ha pescado mucho?

—Nueve piezas. ¿Puedo hacerle una observación, señora Makely?

—Oh, sí…

—Bien. Es ésta: no tiene por qué esforzarse en ser amable conmigo. No tiene objeto…, supongo. Si su natural manera de ser es la de ayer tarde, por mí está bien. Estoy acostumbrado a tratar a toda ciase de personas.

—Es usted rencoroso, señor Younger.

—Sólo un poco desconfiado. Mis amigos son mis amigos, y mis enemigos son mis enemigos. Me gustan las cosas claras.

—¿Cree que soy su enemiga?

—Lo pareció ayer. No sé por qué, pero ésa fue su actitud.

—Todo…, todo es debido a que hace tiempo que vivo sola, y…, y no estoy acostumbrada, últimamente, a tratar con la gente… ¿Sabía usted que soy oftalmóloga, señor Younger?

Norval mintió tranquilamente.

—No.

—Cirujana oftalmóloga.

—Está bien. ¿Tiene eso alguna importancia… determinada?

—No sé… ¿Le sugiere algo mi profesión?

—Creo que no.

—¿De veras no sabía mi profesión?

—De veras. ¿Por qué?

—Ayer, un hombre estuvo preguntando por mí en Haddam… Tengo algunos amigos allá, y me lo dijeron por teléfono. Pero el hombre no era usted, según las señas… ¿Sabe algo de eso?

—¿De qué? ¿De ese hombre?

—Claro.

—No sé nada. Usted también hace muchas preguntas, señora Makely.

—Entonces…, quizá deba pedir perdón.

—No, no… A mí no me molestan las preguntas. Me llamo Norval Younger, tengo treinta y cinco años…

—¿Treinta y cinco?

—No me quito ninguno —casi sonrió Norval.

—Oh, claro… Bueno, la verdad es que…, que más bien parece que se añada unos cuantos.

—Ni sumo ni resto. Soy director y asesor de irnos grandes almacenes de artículos deportivos, me encanta la pesca… Y ya está.

—¿Cree que estoy en edad de aprender?

—Si no ha pasado de los cincuenta, sí —sonrió Younger.

—¡No! —exclamó ella—. Sólo tengo veintiséis.

—¿Veintiséis?

—¿Cree que son más?

—Pues… Bueno, habría jurado que apenas tenía veinte.

—Es usted muy amable. Verdaderamente, anoche mi impresión fue la acertada. Pero reconozca que no abundan las personas amables. Y usted me desconcertó un poco… y precisamente por ser amable.

—Soy un pez raro, ¿no?

—Un poco. Si…, si le parece, podríamos empezar por aprender a lanzar. Temo que he descuidado un poco a Jerry. Le gusta charlar, y a veces no viene a pescar por no estar solo. Si yo aprendo, podré acompañarle.

—No basta aprender. La pesca tiene que gustar. Sí… Podemos empezar por lanzar, señora Makely. Pero se tendría que comprar unas botas como las mías.

—Lo haré a la primera ocasión.

—Bien… Bueno, venga.

Norval preparó la caña, y ella se acercó. La colocó delante, y le puso la caña en las manos, dándole indicaciones. Deborah tenía las manos muy finas, frescas, y Norval se sintió un poco inquieto al tocarlas. Cuando la caña tuvo que ser echada hacia atrás, ella se apoyó en él, y de nuevo se sintió inquieto. Deborah olía igual que las rosas de su jardín… Tenía perfume de rosas, estaba impregnada…

Cuando lanzaron la caña, sujetándola ella y teniendo él sus manos sobre las femeninas, Deborah perdió el equilibrio hacia delante, y Younger tuvo que soltar una de sus manos, para sujetarla por la cintura. Era delgadísima, tierna, cálida… Deborah volvió la cabeza y le miró, un poco sofocada.

—¿Lo hemos hecho bien?

—Regular… Vaya recogiendo hilo, ahora. No demasiado de prisa, pero sin perder el compás… La cucharilla ha de parecer un pequeño pez nadando contra la corriente, sin vacilaciones…

Tuvieron que lanzar no menos de seis veces hasta que picó la primera trucha. Norval se iba sintiendo más y más inquieto. En realidad, estaba casi visiblemente nervioso. Había tenido que sujetar a la mujer varias veces por la cintura, por las manos, pegarse a ella en el momento de la lanzada… Ella volvía la cabeza, le miraba, y daba vueltas al carrete…

Norval Younger sabía que algo estaba ocurriendo Algo que no iba en su beneficio. Deborah Makely tenía un plan trazado, no estaba jugando limpio…

—¡Es grandísima! —gritó Jerry—. ¡Tira sin miedo, mamá, yo la sacaré con la red…!

Era una hermosa trucha, y Deborah estaba encantada de su esfuerzo, pero opinó que merecía un descanso. La caña quedó en manos de Jerry, que fue un poco más río arriba, con «Zaphir». Norval se quedó mirando a Deborah, que se había dejado caer sobre la hierba, y le miraba con ojos muy brillantes.

—¿No está cansado, señor Younger?

—No.

—Yo sí… ¿Tiene un cigarrillo?

Norval se sentó junto a ella y le tendió sus cigarrillos. Los dos

fumaron, en silencio, irnos segundos, ambos mirando obstinadamente hacia el río.

De pronto, Deborah musitó:

—¿Piensa pasar aquí el día?

—Temo que no podrá ser.

—¿No ha traído provisiones?

—Las suficientes. Pero debo regresar al hotel este mediodía.

—Ya… Bien, quizá otro día…

—Otro día…, ¿qué?

—Yo había… pensado invitarle a almorzar, señor Younger. Pero me da la impresión de que la invitación no es de su agrado.

—Estoy sorprendido, eso es todo. Pero con gusto aceptaría su invitación si no tuviese un asunto que atender en el hotel… Espere. ¿Me ha dicho que tiene teléfono?

—Sí. Ya sé que es un lugar un poco apartado, pero tendieron una línea para la Haddam Clinic, y Edith Winchell, mi vecina y yo, aprovechamos para instalar los nuestros. ¿Podría arreglar las cosas con un teléfono?

—Supongo que sí. Estoy esperando una llamada al hotel, pero podría arreglar las cosas llamando yo a New Haven.

Deborah le miró cálidamente.

—Entonces…, ¿acepta?

—Será un placer estar con usted… y con Jerry un par de horas más.

Era una trampa. Norval Younger, inspector jefe de una delegación del FBI, sabía que aquello era una trampa. No sabía de qué clase, pero era una trampa… Ella se había acercado un poco más, y le miraba tan fijamente que el

G-man

tuvo la impresión de que aquellos hermosos ojos eran un imán que le acercaban a ella. Deborah tenía los labios frescos, como rociados, y estaban ligeramente separados, mostrando la blancura de sus dientes…

—¡Señor Younger! ¡Venga, señor Younger!

Fue como si los dos recibiesen de pronto una corriente de aire helado. Se separaron, sobresaltados, y Norval se quedó mirando hacia donde había Sonado la voz de Jerry.

—Creo…, creo que su hijo nos llama, señora Makely.

—Sí.

—Bien… Será mejor que vaya a ver qué ocurre.

Fue corriendo hacia allá. Cuando regresó, Deborah continuaba en el mismo lugar, tendida ahora, con los ojos muy abiertos, fijos en el luminoso cielo azul.

—Se le había enganchado el sedal en una roca, en la corriente. Como llevo botas, lo he desenganchado… Bueno…

Ella le miró.

—¿Qué piensa de mí, señor Younger?

—No sé… Nada. Creo que nada. Bueno, sí… No sé. Ella rió dulcemente y le tendió una mano.

—¿Me ayuda? Sería mejor que nos fuésemos ya. ¿Es usted de los que gustan de intervenir en la preparación de un almuerzo?

—En ocasiones, sí.

—¿Cree que será ésta una de esas ocasiones?

—Estoy… convencido de ello.

Ella ya estaba en pie, pero no soltaba la mano de él. Lo hizo de pronto, y sonrió.

—Creo que anoche fui una estúpida —musitó.

CAPÍTULO V

—Ahí está el teléfono —señaló ella.

Jerry se había quedado afuera, jugando con «Zaphir», incansable. Deborah le miraba con una expresión un tanto atónita. Daba la impresión de estar preguntándose algo que jamás antes se le había ocurrido.

Inevitablemente, estaba en toda la casa el perfume de rosas. Las persianas estaban a media graduación, y entraban unas franjas de luz amarilla, dorada… Sólo se oían los ladridos de «Zaphir» y las risas de Jerry.

—Gracias. ¿Le apetecen también truchas esta mañana?

Ella tomó el cesto de manos de él.

—Empezaré a limpiarlas. Le espero en la cocina.

—Está bien.

Era justo lo que Norval esperaba. Apenas ella hubo desaparecido del *living-hall*, fue al teléfono, lo cogió con caja y todo, lo levantó, y quitó la tapa del auricular, dejando al descubierto el diminuto auricular. Quitó la placa, la guardó en un bolsillo, colocó de nuevo la tapa perforada, dejó el teléfono sobre la mesita, y entonces descolgó el auricular. El ligero sonido del timbre se oyó claramente. Luego, marcó el número para solicitar conferencia, pero, naturalmente, no oyó nada.

Sonrió, colocó el auricular en el soporte y fue a la cocina.

—Su teléfono no funciona, señora Makely.

Deborah, que estaba sacando las truchas de la cesta, quedó estupefacta.

—No es posible…

—Bueno, quizá no lo he hecho bien. Lo cierto es que no oigo nada.

—Yo le conseguiré la comunicación… ¿Qué número quiere?

—El X
64 12
de New Haven.

—Se lo pediré.

Salieron juntos de la cocina. Deborah marcó el número para conferencias, pero, por supuesto, tampoco oyó nada. Colgó, y se quedó mirando, contusa, al inspector del FBI.

—Lo siento, señor Younger.

—Temo que no podré quedarme si no arreglo esa llamada telefónica, señora Makely. Estoy de vacaciones, pero tengo que atender… Un momento Puedo usar el teléfono de su vecina, la señorita Wainwell…

—Winchell —corrigió Deborah, un poco sobresaltada—. Pero no creo que sea necesario… Podemos esperar un poco… Quizá sea una avería momentánea.

Norval miró su reloj.

—Bien… El caso es que se acerca la hora de mi llamada si no quiero que mi socio desaparezca, sin haberme podido localizar él a mí en el hotel… Creo que iré a ver a esa señorita Winchell. Supongo que no se opondrá a que use su teléfono.

—Pero…, pero no veo…

—Oh, vamos, señora Makely. En un caso así, yo dejaría llamar a cualquiera.

—Está bien. Iré a decirle a la señorita Winchell si…

—No se moleste. Me presentaré yo solo. Espero resultarle simpático.

Salió de la casa antes de que Deborah tuviese tiempo de decir nada más. Subió al coche, lo puso en marcha, y llegó en menos de medio minuto delante de la casa de Edith Winchell, No había rosales allí, pero sí gran variedad de otras flores, y estaban mejor colocadas junto a la blanca vallita que los rosales de Deborah.

Se apeó, empujó la batiente blanquísima y se dirigió hacia el porche. Apenas había puesto un pie en el primer escalón cuando la puerta se abrió, y una muchacha como de veinticinco años apareció en el umbral. Era una belleza morena, de grandes ojos rasgados, pero, sin duda, Deborah Makely resultaba más hermosa y, al mismo tiempo, si sonreía, más acogedora que la morena.

—Perdón, señorita Winchell… Me llamo Norval Younger, y…

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Pues… Bueno, conozco a la señora Makely… Estoy invitado a almorzar en su casa. Ella la ha mencionado. Tenía que hacer una llamada telefónica a New Haven, pero el teléfono de la señora Makely parece que está estropeado.

—¿Y…?

—Pues he pensado que sería tan amable de permitirme llamar. Naturalmente, abonaré el importe de la llamada.

Norval estuvo convencido, por un instante, de que Edith Winchell iba a negarle el uso del teléfono. Sólo un instante, porque en seguida, la morena consiguió una sonrisa y asintió.

—Pase, señor… ¿Younger, ha dicho?

—Norval Younger, señorita Winchell Es usted muy amable… Le agradezco mucho que me permita usar su teléfono.

—No tiene importancia.

Entró en la casa. Era bastante parecida a la de los Makely, en líneas generales. Estaba amueblado y decorado quizá un tanto más chillonamente, más llena de colorines, pero resultaba agradable.

El teléfono estaba sobre una prolongación de la repisa de la chimenea. Norval lo señaló.

—¿Puedo?

—Sí, sí…

Tampoco en aquella casa se oía nada. Ni se olía el perfume de las rosas. Ciertamente, no resultaba tan acogedora como la de Deborah.

Descolgó el teléfono, marcó el número de conferencias, esperó como quien está sometido a tensión, y sonrió, mirando a Edith Winchell.

—Éste sí funciona… Señorita, quisiera una llamada para New Haven… Sí, el número…

Dio los datos, colgó, y se volvió hacia Edith, que le miraba un tanto especulativamente, un tanto admirada ante aquel tipo alto, apuesto y de hombros de auténtico atleta.

—Temo… que tendré que esperar unos minutos, señorita Winchell. ¿Un cigarrillo?

—Oh, sí… Y siéntese si quiere, señor Younger.

—Si tiene algo que hacer, puedo esperar afuera.

—De ninguna manera. ¿Algo que hacer? Lo cierto es que me aburro soberanamente la mayor parte del tiempo. ¿Es usted amigo de Deborah?

Norval acercó la llama de su encendedor al cigarrillo recién ofrecido a la morena.

—Pues no sé qué decirle —sonrió—. La conocí ayer tarde, por medio de Jerry. Yo estaba pescando, él dijo que me cambiaba un par de truchas por una cerveza, y acepté… Creo que la señora Makely no encontró demasiado bueno el negocio, pero esta mañana nos hemos vuelto a encontrar…

Norval calló bruscamente al oír el golpe en el pasillo que llevaba a las habitaciones de la casita. Se quedó mirando hacia allí unos segundos, y luego miró desconcertado, según parecía, a Edith Winchell, que estaba mucho más sobresaltada que él.

—Juraría haber oído algo, señorita Winchell…

—Oh, no sé…

Edith se calló, porque procedente del pasillo acababa de aparecer un hombre en el *living-hall*. Sus ojos miraban inexpresivamente al frente, y sus manos se extendían hacia delante, vacilantes, en busca de nuevos obstáculos. Se detuvo, indeciso, al no encontrar nada ante él… Dio un par de pasos más, vacilante.

—Señorita… —dijo, en español.

Edith Winchell fue inmediatamente hacia él, le tomó de un brazo y le hizo dar media vuelta, llevándole de nuevo pasillo adentro. Norval oyó claramente las palabras del hombre, siempre en español:

—¿Han llegado ya? Me pareció oír a alguien… Perdone, pero tengo impaciencia por…

El timbrazo del teléfono hizo respingar a Norval. Se volvió hacia el aparato, descolgó el auricular.

—¡Hola…! ¿Estás ahí, Tom?

—Te llamo porque no voy a poder estar este mediodía en el hotel, y no habría recibido esa llamada. He tenido una invitación, en casa de un amiguito… Amiguito, no amiguita. Tiene siete años, y se llama Jerry Makely…

—¿…?

—Eso es. Almorzaré allí. Es una casita al este de una clínica llamada Haddam, cerca del Mill River.

—¿…?

—No, no te llamo desde allí… El teléfono está estropeado, y he tenido que acudir a una vecina de los Makely. Madre e hijo. Ella se llama Deborah… Es oftalmóloga, según me ha dicho.

—¿…?

—Pues esta casa pertenece a una señorita llamada Winchell, pero no importa eso ahora, ya que no tendrás que llamarme aquí… Espero regresar pronto al hotel. —Edith Winchell apareció en el *living-hall*, visiblemente afectada, miró a Norval y se dejó caer en un sillón—. No, no, hombre, no escurriré el bulto… ¿Tengo que ir ahí a firmar eso o todavía no ha llegado?

—Magnífico. En tal caso, rae quedaré por aquí hasta que me llames. Por si acaso no me encontrases en el hotel, bastará que dejes allá el recado.

—¿…?

—Pues dices simplemente que me has llamado para esa firma, y yo me llegaría a New Haven con el coche, firmaría, y a pescar de nuevo por aquí… ¿De acuerdo?

—Hasta la viste, entonces. No te canses.

Colgó, se volvió hacia Edith Winchell y se llevó la mano al bolsillo.

—No sé cuánto costará esa llamada, señorita Winchell, pero…

—Por favor, señor Younger.

—Bien… De veras le agradezco mucho su gentileza. Y… Bueno, la señora Makely me está esperando… Adiós, y muchas gracias.

—Señor Younger.

—¿Sí?

—¿Ha visto usted a ese hombre ciego?

—Sí… Sí, desde luego.

—Le ruego que no se lo mencione a Deborah.

—Por supuesto, si usted lo desea así.

—Quisiera explicarle…

—Señorita Winchell, no tiene por qué darme explicaciones de nada. Ésta es su casa, y no la mía. Siempre soy inoportuno…

—Le ruego que me escucha, señor Younger.

—Lo haré con gusto, sí ése es su deseo.

—Tengo buenos motivos para desear que, por el momento, Deborah no sepa que ese hombre está en mi casa. Yo… he oído su

conversación telefónica, señor Younger, y he deducido que Deborah le ha explicado ya que ella es cirujana oftalmóloga.

—Sí… Algo me ha dicho, desde luego.

—Con ella ocurrió… una auténtica desgracia. Hace tres años, su marido murió en un accidente. Deborah quedó tan afectada, que tuvo que dejar de trabajar… Sus amigos supusimos que sería una situación transitoria la suya, pero, después de tres años, ella continúa sin trabajar. Si tocamos el tema, ella asegura que… que no se siente capaz, que no podría volver a trabajar bien, que sus manos no le responderían.

—Es lamentable. Sin embargo, señorita Winchell, las intimidades personales o profesionales de la señora Makely no me incum…

—Por favor… Quiero que usted sepa por qué le ruego que no le diga a Deborah que ha visto a un ciego en mi casa. La fama de Deborah era muy grande. Un caso único de genio en cirugía ocular, señor Younger. Y tres años son demasiados… He llegado a considerar la posibilidad de incitar a Deborah a que vuelva a trabajar. Este hombre que usted ha visto, es venezolano… Estaba en Estados Unidos buscando un oftalmólogo que pudiese… intentar encontrar un remedio a su ceguera… Después de un mes de ir de un lado a otro, alguien le sugirió que quizá la doctora Deborah Makely podría hacer algo por él… Supe que el hombre estaba en Haddam, preguntando por Deborah… Y creí que era una oportunidad para él… y para Deborah, traerlo aquí Y lo hice. Sólo que quisiera decírselo a Deborah a mi manera, cuando me parezca que puedo contar con más posibilidades de convencerla para que vuelva a trabajar.

—Es una actitud elogiable la suya, señorita Winchell. Le aseguro que la señora Makely no sabrá nada de ese hombre.

—Se lo agradezco mucho, señor Younger.

—No tiene importancia… Ojalá le salga bien el… truco —sonrió —. Ha sido un placer conocerla, señorita Winchell. Buenos días.

—Adiós.

—No se moleste en acompañarme.

Norval salió de la casa. Edith no se movió hasta que oyó el motor del coche. Entonces se puso en pie, fue hacia la ventana y vio a Norval, al volante, alejándose. Corrió al teléfono y efectuó una

llamada.

—Con la habitación del señor Barnes, por favor.

Hubo unos segundos de espera…

—Gunther, escucha; algo… algo ha ocurrido. Tienes que venir aquí inmediatamente.

—No sé… Oh, es mejor que vengas, te lo ruego.

—Sí, sí, estoy tranquila. Pero ven cuanto antes.

—¿…?

—Te espero… Adiós.

Colgó y corrió de nuevo al ventanal. El gran coche «Ford» no se veía ya. Había rebasado la suave loma y debía estar ya ante la casa de los Makely.

Aquel hombre…, aquel hombre de ojos claros y porte juvenil, de sienes con alguna prematura hebra de plata y sonrisa viril… Aquel hombre no le gustaba nada a Edith Winchell.

CAPÍTULO VI

Se apeó del coche, pasó junto a Jerry y «Zaphir» como si no estuviesen allí, y entró en la casa. Oyó el ruido en la cocina y fue silenciosamente al teléfono. Realizó la operación inversa a la de antes, colocando la placa en su sitio. Dejó el aparato en su lugar, volvió a la puerta y entró con paso normal, dirigiéndose directamente a la cocina.

Deborah había terminado ya de limpiar las truchas y estaba cortando zanahorias a rodajas. Le miró sonriente, con lo cual Norval se sintió más y más mosqueado.

—¿Ha podido llamar?

—Sí… ¿Qué tal si ahora la ayudo en algo?

—¿Sabrá partir zanahorias sin echar rodajas de dedos?

—Lo intentaré… —sonrió él—. ¿Tenemos salsa picante?

—¿Picante? Me temo que no… ¿Le gusta?

—De cuando en cuando.

—Procuraré tener… la próxima ves. Bueno, quiero decir…

—La he entendido, señora Makely. Sólo se me ocurre decir que estoy encantado.

Ella no conseguía ocultar del todo su nerviosismo, ni siquiera bajo las cálidas sonrisas.

—¿Qué le ha parecido Edith?

—Una muchacha muy bonita. Y muy amable. No ha querido aceptar el importe de la llamada. Supongo que le parecería poco menos que una grosería que yo le enviase cinco dólares por medio de usted.

—No le gustaría… —admitió Deborah—. Creo que el horno ya está bastante caliente para las truchas. Después de esto, estaré un par de semanas sin pedirle a Jerry que vaya a pescar para mí.

—¿Y qué haré yo con las que, pesque? —sonrió Norval.

—Podemos venderlas en Haddam… Aunque no creo que resultase un gran negocio.

Se echaron a reír los dos. Sólo un momento, Norval Younger creyó ver en los ojos de Deborah una llamita de sinceridad, de auténtica alegría. Un instante. Luego, persistió la impresión de que ella permanecía en guardia.

En aquel momento sonó el teléfono y se quedaron mirando sin saber qué hacer.

—Funciona… —musitó Deborah.

—Debe ser sólo la llamada. Pero quizá no pueda oír nada… Eso era lo que ocurría antes, al menos.

—Claro… Iré a probar.

Norval se quedó solo en la cocina, cortando zanahorias. Oyó el ruido del teléfono al ser descolgado. Luego, la voz de Deborah:

—¿Sí?

—¿…?

—Sí, sí…

—Entiendo…

Una larga pausa. Luego, de nuevo la voz de ella:

—Está bien… Creo que aceptaré… Oh, claro, llevaré a Jerry conmigo y dormirá en casa de los Randall…

—¿…?

—Sí, sí… Está bien, casi seguro que iré… Adiós.

Norval oyó el sonido del auricular al ser colgado. Deborah apareció en la cocina. Estaba un poco pálida y el G-man habría jurado que incluso asustada.

—Deben haber arreglado la avería…

—Lo celebro. No ha de ser cómodo estar por aquí sin teléfono.

Ella se quedó mirando los largos y fuertes dedos de Norval, cortando la última zanahoria.

—Me… me han invitado a una pequeña fiesta… Cada viernes por la noche, unos amigos se divierten en casa de uno de ellos…

—Es una buena idea. Me ha parecido entender que aceptaba.

—No sé… Tengo… tengo que dejar a Jerry en casa de otros amigos y luego… regresar sola me parece… triste. Además, no soy precisamente una persona divertida. Los hombres prefieren una…

compañía más alegre.

Norval la miró fijamente.

—Hay de todo. Si me da las indicaciones precisas, pondré la mesa. Para tres —bromeó—: «Zaphir» tendrá que comer aparte.

* * *

—Bueno —suspiró Norval—, parece que la cocina ha quedado de nuevo en orden… ¿Puedo ayudarla en algo más?

—Se ha tomado demasiadas molestias, señor Younger. —Para un solterón como yo, estas cosas son normales. La verdad es que estoy acostumbrado a secar platos. Ha sido un almuerzo delicioso, señora Makely.

—Trucha —sonrió ella.

—No me refería a eso.

Estaban los dos solos en la cocina. Jerry estaba en su cuarto, durmiendo, si había seguido las indicaciones de su madre. «Zaphir» iba de un lado a otro, olisqueándolo todo y mirando alegremente a su amo cada vez que aparecía por allí. Indefectiblemente, los perros y los niños hacen buenas migas.

Deborah se quedó mirando sus bonitas manos, manicuradas en mate.

—Quiero…, quisiera pedirle algo, señor Younger… —Concedido.

Ella le miró y una sonrisa tembló en sus labios.

—¿Querría acompañarme esta noche a la fiesta de mis amigos? Como… como pareja mía, claro…

Norval frunció el ceño.

—Soy un cretino… —musitó—. He debido ser yo quien se lo pidiera a usted, señora Makely. Lo siento.

Deborah se acercó a él y se le quedó mirando intensamente.

—¿Acepta?

—Con gusto, se lo aseguro. Sólo que… Bueno, temo que no he traído ropa adecuada para según qué clase de fiestas.

—Un traje corriente y corbata —sonrió temblorosamente ella—. Eso será suficiente.

—Entonces, todo arreglado… ¿A qué hora paso a buscarla?

—A las ocho.

—De acuerdo. Iré al hotel a adecentarme un poco. Seguramente

huelo a pescado… al horno.

Sonrió, pero ella no parecía sentir grandes deseos de imitarle. Younger dio media vuelta, dispuesto a salir de la cocina…

—Norval.

Se volvió, sintiendo como un latigazo de calor en todo el cuerpo. Ella se acercó más a él, respirando con dificultad. Se alzó sobre las puntas de los pies y posó sus labios en los del
G-man,
que los notó fríos, como petrificados. Ella continuaba besándole, pero Younger no correspondió. Era como si Deborah Makely estuviese besando una roca… Al fin apartó sus labios de los de Younger y se quedó mirándole con un cierto reproche en su expresión.

—Temo… que no… ha sido de tu agrado, Norval.

—No.

—Comprendo…

—¿Comprendes? ¿Qué es lo que comprendes?

—Debes pensar que esto…, que no es la primera vez que hago esto con… con un hombre al que he… invitado.

—Por el contrario, Deborah. Creo que no has invitado antes a ningún hombre. También estoy seguro de que no has besado a otro desde hace… tres años. Y a aquél, tenías derecho a besarle.

—¿A ti no?

Norval Younger puso sus manos en los hombros de la mujer y las deslizó hasta que ambas llegaron al fino y esbelto cuello, donde dejaron una caricia en su ascensión hacia las mejillas. El
G-man
notó en sus manos la oleada de calor que ascendió, de pronto, al rostro de Deborah Makely.

—Siempre que quieras —musitó—. Sólo que, Deborah, cuando me beses, que sea de verdad. Vendré a por ti a las ocho.

Dio la vuelta y salió de la cocina. Ella estuvo unos segundos como clavada en el suelo, antes de ir tras él, hacia la salida de la casa.

Apareció en el porche justo cuando Norval estaba a mitad del recorrido hacia la blanca batiente y un coche se detenía detrás del suyo. Un hombre alto, ele gante, de agradable presencia y cordial sonrisa se apeó y agitó una mano.

—¡Eh, Deborah…! ¿Cómo están los Makely?

Entró confiadamente en el jardín, con paso ágil, mirando amablemente a Norval, que estudiaba con aparente indiferencia al recién llegado.

—Hola… —dijo éste—. Creo que no le conozco, amigo.

Deborah estaba llegando junto a ellos, y se apresuró a hacer las presentaciones, con voz que intentó controlar, pero que sonó tensa a los oídos del hombre del FBI.

—Gunther, te presento al señor Younger, un amigo… reciente, de Jerry… Y mío. Señor Younger, él es Gunther Barnes, un viejo amigo de los Makely.

Norval tendió con hipócrita cordialidad su mano.

—Jerry le ha mencionado a usted, señor Barnes. Según parece, es uno de los pocos amigos que tiene él… y la señora Makely.

—Bueno, Deborah no es demasiado sociable, últimamente, pero Jerry consigue que los amigos sigamos viniendo por aquí —miró cariñosamente a Deborah—. ¿Todo va bien, Deborah?

—Sí, Gunther, gracias…

—¿Llego tarde para tomar cualquier cosa?

—Tú nunca llegas tarde.

—Bien… —carraspeó Norval—. Temo que ya no puedo quedarme más tiempo. Ha sido un placer, señor Barnes.

—Encantado. Espero volver a verlo por aquí.

—Sin duda. Adiós. Despídame de Jerry, señora Makely.

Se fue al coche, seguido inmediatamente por «Zaphir», que había estado mirando de uno a otro como divertido. Segundos después, el «Ford» se alejaba de la casa.

Gunther Barnes encendió un cigarrillo y miró a Deborah, sonriendo heladamente, ahora.

—¿Quién es él? —preguntó.

—Norval Younger, un aficionado a la pesca. ¿Vas a interrogarme, Gunther?

—Digamos que… convendría que charlásemos un rato. Ese hombre ha visto al venezolano en casa de Edith.

—La culpa es de ella. Debió asegurarse mejor de que ese hombre no iba a aparecer por allí tan a sus anchas.

—Según parece, la culpa la tiene tu teléfono.

—Ya funciona.

Gunther Barnes achicó astutamente los ojos.
—¿Ya funciona?
—No sé qué estás pensando, pero, lo que sea, estás equivocado. Es cierto que mi teléfono no funcionaba. Yo misma lo probé.
—Sin embargo, cuando yo te he llamado, sí funcionaba… ¿Se creyó ese Younger que era una invitación a la fiesta de los viernes de tus amigos de Haddam?
—Claro.
—¿No sospechó que era yo, o Edith, quien te llamaba?
—¿Por qué había de sospechar semejante cosa?
—Deborah…, hay mucho dinero en juego en todo este asunto… No quisiera que un pescador entrometido lo estropease todo paseándose continuamente por aquí.
—Me llamaste anoche, te dije lo que estaba ocurriendo, me ordenaste que me las arreglase para hacer amistad con Norval Younger, afín de tenerle alejado de aquí esta noche y mañana…, y te estoy obedeciendo. ¿Qué más puedo hacer?
—Pues no sé, querida. Lo cierto es que las cosas se han puesto un poco difíciles… Bueno, quizá todo sean imaginaciones mías, pero no estoy tranquilo desde que el maldito Sobell se nos escapó…
Deborah estaba ahora intensamente pálida.
—Me has engañado… Me habéis estado engañando. No eran…
—Cálmate. Vamos a descansar una temporada. Por supuesto, antes tenemos que acabar lo del venezolano, pero luego descansaremos una temporada. Ese maldito Sobell, corriendo, escapando… ¡El muy puerco no tuvo otra idea mejor que caer al río con dos balas en la espalda…! Y si lo han encontrado, la policía empezará a investigar… Sí, eso es lo que vamos a hacer: descansar una temporada, después de lo del venezolano.
—No…, no contéis más conmigo…
—Querida, no te sientan bien las bromas —sonrió duramente Gunther Barnes—. Sabes que seguiremos contando contigo, como hasta ahora.
—¡Yo creía que eran…!
—No discutamos. Y piensa bien las cosas antes de tomar una decisión. Ya te digo que descansaremos una temporada. Quizá un año… Es tiempo sobrado para que todo se tranquilice, para que vuelva a ser como antes. Esta noche, lo del venezolano. Luego, una

temporada en Acapulco, o quizá Miami… Ya veremos. ¿Tienes ya pensado lo que has de hacer esta noche con respecto a ese Younger?

—Sí… Creo…, creo que sí…

—Eres una mujer inteligente, él no se dará cuenta de nada. En cuanto a eso… Bien, será mejor que nos enteremos un poco de la vida y milagros del señor Younger.

—Yo puedo decirte todo eso…

—¿Sí? —sonrió Barnes—. Veamos…

—Tiene treinta y cinco años y tiene unos grandes almacenes de artículos deportivos, con otro socio. Él es director técnico, asesor…

—Parece un buen deportista, es cierto. Y no dudo lo que tú dices… Pero tengo amigos en New Haven…, y Edith oyó el número que Younger pidió a la central. Quizá esta misma noche sepa yo a quién pertenece ese número. ¿No sería sorprendente que no perteneciese a unos grandes almacenes de artículos deportivos?

—Gunther, por Dios…

—Mmm… Si no fuese porque tengo la certeza de que estás helada, Deborah, diría que ese hombre te ha., impresionado mucho… ¿Qué dices a esto?

Deborah Makely no supo qué contestar, de momento. Enrojeció un poco y luego, sorprendentemente, palideció, al ver la maligna mirada de Gunther Barnes.

—Supongamos…, supongamos que Norval no… no es lo que dice… ¿Qué pasaría con él?

—No sé… Tu querido Norval es un tipo listo. En muy pocas palabras, le dio tantos datos por teléfono a su socio de New Haven, que si desapareciese, en el primer sitio que su socio buscaría sería precisamente en tu casa o en la de Edith… Quizá fue casualidad, quizá no. De un modo u otro, eso le… cubre de ciertos riesgos… provisionalmente.

—¿Te atreverías a… a…?

—Querida: esta noche tenemos trabajo. Cumplamos cada uno nuestra parte y nada ocurrirá. Luego, estaremos un año de vacaciones. O es posible que dos. Y de este modo todo irá bien. ¿De acuerdo?

—Cuando… cuando acabe lo de ese venezolano…

—Ya hablaremos de este asunto. Mientras tanto, ve recapacitando. Bien, hasta la vista… Ya te diré algo de Younger en

cuanto tenga noticias.

—El no… no es más que lo que dice, no sabe nada… Te ruego que no le… le molestéis, Gunther No sabe nada, nada…

* * *

—¿Estás ahí, Morton?

—Hola, señor… ¿Pescó mucho?

—Bastante. ¿Dónde estás, exactamente?

—Como a cuatrocientas yardas detrás de usted, viajando en coche. Le vi pasar y me dije que le interesaría saber que uno de los tres tipos que llevaron al otro a la casa de Edith Winchell ha estado no hace mucho a visitar a la chica. Luego se fue a la casa de la señora Makely, usted charló con él.

—¿Conseguiste unos prismáticos?

—Me pareció necesario. ¿Qué le ha parecido el hombre?

—No sé… Creo que puede ser un pájaro de cuidado. ¿Y los otros dos?

—Se quedaron en el hotel. Dígame qué hago: ¿regreso a seguir al que salió del hotel, o vuelvo allá a ver qué hacen los otros dos?

—Vuelve allá. El pájaro volverá a su jaula.

—¿Cuáles son sus impresiones, señor? ¿Estamos sobre una buena pista?

—Creo que sí, Morton. ¿Recuerdas al hombre que le encontraste algo raro anoche, el que se quedó en la casa de Edith Winchell?

—Claro.

—Bien: es ciego.

Morton tardó unos segundos de más en musitar:

—¿Ciego?

—Exactamente. Ahora, suma estos datos: una cirujana oftalmóloga de primera categoría que no ejerce, y un ciego llegado de Venezuela.

—Bien… No sé…

—Suma ahora a esto la muerte de Fred Sobell.

—Pues… Bueno, señor…

—Olvídalo, Morton. A menos que te atrevas a sumar las desapariciones de los otros dos clientes de la Haddam Clinic. ¿Tenía familia Sobell?

—No, señor. Ah… Y nada de nada de los dos desaparecidos, por

el momento.

—Naturalmente. Quiero que estés atento esta noche, Morton. Pero no actúes a menos que yo te llame. Siempre a la expectativa, tomando fotos, oyendo todo lo que puedas… Pero tranquilo, ¿okay?

—Sí, señor. Sigo vigilando a los del hotel, ¿no?

—Perfecto. Hasta luego.

—Hasta luego, señor.

Norval cerró la diminuta radio y dedico ya toda su atención al camino de regreso a Haddam. Detrás de él, «Zaphir» le miraba con las orejas tiesas, quizá divertido al ver a su amo hablando con un encendedor. Soltó un alegre ladrido y Norval lo miró por el retrovisor.

—No sé lo que ocurre, «Zaphir», pero no puedo olvidar los ojos de Deborah… Temo que ella esté mezclada en algo que…, que adivino estremecedor. Pero no puedo dejar de pensar en ella y en su perfume a rosas… Veremos qué pasa esta noche.

CAPÍTULO VII

No siempre se hace lo más acertado. Por eso, aquella noche, Gunther Barnes pudo salir del hotel, tomar el coche, alejarse… y quedar lejos del alcance del FBI.

Morton Regan le vio salir, le estuvo viendo perfectamente. Pero sus instrucciones estaban bien claras: debía vigilar a los otros dos, ya que las actividades personales de Barnes parecían perfectamente definidas. No cabía duda de que iba a visitar a Edith Winchell, con la que parecía tener cierta intimidad… Claro que lo mismo podía pensarse respecto a Deborah Makely, pero ella estaba con el inspector Younger en una fiesta y eso aclaraba las cosas.

De este modo, Gunther Barnes se alejó de Haddam en coche, tomando un camino de los que formaban la red de enlace con las carreteras principales.

Quince minutos más tarde llegaba a un cruce, apagaba todas las luces del coche y se convencía de que no había otro por allí… Al menos, aparentemente. Volvió a dar el contacto, encendió las luces cortas, luego las largas, y, por fin, dos veces rápidamente seguidas las cortas.

Casi en seguida se oyó cerca el zumbido del motor de otro coche. El vehículo apareció pronto, llegó ante el de Barnes, se detuvo y un hombre se apeó. Se acercó a la ventanilla por la cual se asomaba Barnes.

—Hola, Gunther. ¿Y Rumsey y Fabens?

—En el hotel. Lo creo más seguro.

—¿Por qué?

—No sé… Presentimientos, quizá. ¿Traéis al hombre?

—Claro.

—Bien. Entonces, seguidme. Nos vamos inmediatamente. Se han

de hacer las cosas con rapidez… Y creo que éste será el último trabajo en una temporada. En marcha.

—¿Está ocurriendo algo?

—No lo sé. Simplemente precaución. De todos modos, hemos ganado mucho dinero y nos merecemos unas vacaciones. Seguidme.

—De acuerdo.

El hombre regresó a su coche y lo lanzó detrás del de Gunther Barnes. Veinte minutos más tarde los dos se detenían delante de la casa de Deborah Makely. La puerta se abrió inmediatamente, sin mostrar ninguna luz en el interior de la casa, y Edith Winchell se acercó a la blanca batiente, que brillaba a la luz de la luna.

Barnes fue el primero en llegar junto a ella.

—¿Está todo preparado?

—Sí.

Barnes se volvió.

—Limes, Rauh: traedlo.

El que había hablado antes con él, y otro, se apearon, empujando a un hombre atado sólidamente, y con la boca herméticamente sellada con una ancha tira de esparadrapo.

Los cuatro hombres y la mujer entraron en la casa. Edith fue a uno de los dormitorios, que parecía desocupado, ajeno a la presencia continua de una persona. Levantó la alfombra y luego, con una uña, sacó de entre dos de las tablas del piso una cuerda de plástico, del mismo color que el *parquet*. Tiró de ella, ayudada por Barnes, y un cuadrado de madera, de unos tres pies de lado, se alzó; Abajo había una luz roja, tenue, que hacía brillar opacamente los peldaños de madera.

—Bajadlo.

Rauh y Limes obligaron al hombre amordazado a descender por los peldaños de madera. Cuando ya estuvieron abajo, Barnes miró a Edith y musitó:

—Ve a avisar a Deborah. Luego, baja. Cuando ella llegue, tiene que estar todo preparado.

—Está bien.

Edith fue a cumplir la orden y Barnes bajó la escalera de madera. Cuando llegó abajo, encendió una luz más potente, de tono corriente, y se volvió hacia el hombre. Le miró fijamente, y una extraña sonrisa apareció en sus labios. Limes y Rauh le miraban

expectantes.

Barnes consultó su reloj, tranquilo, sereno. Luego echó un vistazo alrededor. Como siempre, todo estaba preparado. Edith era una auxiliar perfecta, organizada, metódica. El quirófano estaba preparado hasta en su más pequeño detalle. El venezolano ciego yacía en la mesa de operaciones, perfectamente consciente, pero inmóvil, silencioso, con sus inexpresivos ojos como mirando más allá del techo. Estaba desnudo de cintura para arriba, y cubierto con una sábana. Las luces para la operación todavía estaban apagadas. No se encenderían hasta que llegase Deborah, y fuese cerrada la trampilla que ocultaba el muy completo quirófano clandestino.

Barnes miró a sus hombres.

—Está bien. Hacedlo ya.

Rauh y Limes sacaron sus pistolas y les acoplaron el silenciador. El hombre amordazado les miraba con los ojos casi fuera de las órbitas. Le soltaron y retrocedió hasta quedar pegado a una de las paredes.

—Vamos, vamos, no lo alarguéis más.

Los dos acabaron de acoplar los silenciadores. Se acercaron más al amordazado y, a menos de seis pies, dispararon a la vez, al estómago. El hombre pareció clavarse contra la pared. Recibió dos balazos más, que cortaron el angustioso quejido que ya oprimía la sólida mordaza adhesiva.

Sus párpados se abatieron. Se encogió. Se dobló hacia adelante, muy despacio. La cabeza cayó sobre el pecho y eso pareció desnivelar todo el equilibrio del cuerpo. Cayó hacia adelante, pero Limes y Rauh le sujetaron, cada uno con una mano, mientras guardaban las pistolas.

—Tendríamos que haberlo hecho así con Sobell, en lugar de llevarle a casa de Edith y decirle que iba a estar allí a cuerpo de rey… ¡Maldita sea, es un fallo que nunca me perdonaré!

Los dos asesinos estaban arrastrando el cadáver hacia otra camilla, ésta inmóvil, que estaba colocada junto a la que ocupaba el venezolano ciego. Lo depositaron allí y lo desnudaron de cintura para arriba.

Barnes se acercó al ciego.

—Pronto acabará todo, señor Camacho —dijo, en español—. Luego, sólo quedará un pequeño detalle, que esperamos no olvide.

—No olvidaré nada… —dijo Camacho—. ¿Qué está ocurriendo?

—No se preocupe por eso. Vosotros, subid arriba y preparadle la «habitación» a Nott.

Limes y Rauh subieron la escalera. Cuando Limes estaba todavía a la mitad, Barnes consultó de nuevo su reloj. Era de suponer que Deborah estuviese ya recibiendo la llamada de Edith, de acuerdo a lo convenido Sólo faltaba que Deborah no quisiera complicarse la vida… y complicársela a todos…

* * *

—Parece que no te gusta bailar, Norval.

—Pues, la verdad, no mucho. Lo siento, Deborah.

—¿Por qué? Tienes derecho a tener otras aficiones o distracciones. Como pescar, por ejemplo… ¿Preferirías estar pescando?

—No del todo. Es difícil pescar y tenerte en brazos a la vez.

Deborah le miró intensamente.

—Pero quizá sí preferirías dejar descansar un poco a tus pies. Hace una hermosa noche, poco frío… ¿Quieres que salgamos al jardín?

—Es una buena idea.

Dejaron de bailar y se dirigieron, cogidos del brazo, al jardín. Era una fiesta simpática, llena de bocadillos,
coca-cola,
cerveza, cócteles, música moderna, discusiones de todo tipo. Las parejas jóvenes se destrozaban los zapatos al ritmo de los más movidos bailes. Había gente por todos los sitios: en las escaleras, ante el bufete, en el sofá, sillas, sillones, mesas… Lo pasaban bien. Un día a la semana, los amigos se reunían y charlaban largo y tendido de sus cosas…

Afuera, en efecto, no hacía demasiado frío, y se veía el cielo lleno de estrellas. La luna efectuaba su sonriente recorrido. A Norval le pareció una noche de película en tecnicolor, con su escena cursi de amor incluida.

El jardín no era muy grande, pero tenía un par de bancos. Deborah tiró de la mano de Norval hacia uno de ellos, se sentó y obligó a Norval a hacer lo mismo muy cerca de ella.

Se le quedó mirando a los ojos, y, de pronto, sonrió.

—¿No te parece una escena deliciosamente tonta?

—Estaba pensando algo parecido… —sonrió él—. Creo que ya hemos pasado los dos de los dieciocho años.

—Sí… Es cierto… Y es también lamentable, Norval. Quiero…, quisiera hacerte una pregunta.

—Está bien.

—¿Por qué dijiste que no te había besado de verdad?

—¿Me equivoqué?

—No… —susurró ella—. No te equivocaste, Norval. Pero… ¿cómo lo notaste?

—¿Por qué lo hiciste?

—La rueda de las preguntas… —rió quedamente ella—. ¿Quién ha de contestar primero?

—Supongo que yo, puesto que tú preguntaste antes ¿no?

—Así es. ¿Cómo lo notaste?

—No sé. Supongo que me sorprendió que una mujer que besa por propia voluntad a un hombre tenga los labios rígidos, helados, duros… No me pareció un beso espontáneo y, por tanto, sincero. Ahora te toca a ti contestar. ¿Por qué lo hiciste?

—Por miedo.

—¿Por miedo?

—Sí… Miedo a que te marchases de un modo definitivo y miedo a lo que podía suceder si te retenía. Estaba pensando que me gustaría volver a verte, no sólo esta noche, sino muchas veces más. Y al mismo tiempo, temía volver a verte, no sabía cómo podías reaccionar tú con respecto a mí, qué clase de… sentimientos podía yo despertar en ti… No sé, Norval. Creo que tenía miedo de continuar sola y miedo de perder la oportunidad de dejar de estar sola… ¿Te parece muy complicado?

—No demasiado.

—¿Crees que notarías alguna diferencia entre el beso que te di y los que… pudiera darte en el futuro?

—Es posible —sonrió suavemente Norval.

Ella se le quedó mirando. Sus labios se separaron, pero esta vez no tuvo necesidad de acercarse al inspector del FBI, ya que fue Norval Younger quien tomó la iniciativa. Y aquella vez, los labios de Deborah Makely no estaban rígidos, ni helados, ni duros… Ella pasó sus brazos alrededor del cuello y se apretó con fuerza cuando

Norval intentó cortar ya el beso.

En esto llevó ella la iniciativa. Por fin suspiró, apartó sus labios de los masculinos y sus dedos quedaron acariciando la nuca de Norval Younger.

—Norval… —Tembló la voz—, creo… creo que no me estoy portando bien contigo…

—¿Por qué? Las cosas ocurren porque ocurren. Es absurdo intentar cambiar lo que ya ha sido hecho de una manera. Yo tenía que venir a Haddam, tú tenías que conocerme… Ya está hecho. ¿A qué llamas tú portarte mal conmigo?

—¿Crees que… que te amo?

—No tengo por qué creer nada. Me basta con preguntártelo y tú me lo dirás. No me gusta complicarme la vida…

Le pasó una mano por la nuca y volvió a atraerla. Deborah Makely ofreció sus labios de todo corazón. Lo sabía. Sabía ella misma que estaba haciéndolo de todo corazón. Supo que algo tendría que ocurrir entre ella y Norval cuando le vio de espaldas, detenido junto a los rosales…

Se estremeció tan violentamente, que Norval dejó de besarla y la miró a los ojos, escrutador.

—¿Qué te ocurre?

—Creo…, creo que tengo frío…

—Vayamos adentro…

—No. No, Norval, todavía no. Dime una cosa: ¿tú sí me amas?

El inspector del FBI se quedó mirando pensativamente los ojos verdiazules, que parecían negros allí.

—Sí… —musitó—. Estoy convencido de que sí, Deborah… Creo…, creo que debo estar convencido. Supongo que los síntomas son iguales en todos los hombres, se tengan treinta y cinco años o dieciocho, o veinte. Sí, Deborah: te quiero.

—¿No me preguntas si yo te quiero a ti?

—Lo blanco es blanco, lo negro, negro… ¿Para qué preguntarle el color?

—¿Estás convencido de que te amo?

—Casi convencido. Hay momentos que me desconciertas, porque…

Oyeron la llegada de una persona y los dos miraron hacia allí. Era la dueña de la casa, que les miró con una sonrisa de simpatía.

—Te llaman al teléfono, Deborah.

—Oh, gracias, Annie… Debe ser algún problema que Jerry está ocasionando a la señora Randall… Regreso en seguida, Norval.

—¿Quieres que te espere aquí?

—Si te parece bien…

Se fueron las dos mujeres. Norval quedó pensativo. Encendió un cigarrillo y miró el reloj. Eran las diez y veinte minutos. Estaba pasando una noche agradable, mientras uno de sus hombres se «pudría» en un coche, de vigilancia. De buena gana habría salido de la casa y se habría acercado al coche de Morton, para llamarle por la radio y preguntar si todo iba bien…

Quince minutos más tarde miró su reloj una vez más, con impaciencia. Se puso en pie y entró en la casa.

Casi en seguida vio fija en él la mirada de Annie, la anfitriona, y el gesto de consternación que apareció en sus ojos.

Cuando Annie llegó junto a él, Norval sabía ya lo que ella iba a decirle.

Y fue algo muy parecido:

—Olvidé avisarle, señor Younger… Deborah tuvo que ir a casa de la señora Randall, por no sé qué de Jerry. No creo que tarde en volver. Siento haber olvidado advertirle… ¿Me acepta un cóctel?

—Pues… Sí… Por supuesto…

CAPÍTULO VIII

—¿Crees que estás en condiciones de hacerlo? —preguntó Barnes, apenas abrir la puerta del coche.

Deborah corría ya hacia da casa.

—Podré hacerlo. ¿Está todo preparado?

—Sí. Sólo tienes que bajar, concentrarte y empezar a trabajar. Pero si crees que necesitas algún examen complementario de última hora…

—Edith es muy eficiente… —dijo Deborah seca—. ¿Tenéis ya el hombre «accidentado»?

Había mucha sorna en la pregunta, pero Barnes se limitó a sonreír, mientras alzaba la trampilla que llevaba al quirófano.

—Está abajo. Todavía está… caliente.

—Unos accidentes muy oportunos… ¿En qué carretera ha sido esta vez?

—Oh, vamos, Deborah, déjate de ironías y tonterías Hay que trabajar y hacerlo pronto y bien. Ya te he dicho que luego descansaremos por lo menos un año.

—¿Y qué pasará con los «accidentados»? —Arreglaremos eso antes de marchamos, te lo prometí, ¿no es cierto?

Deborah se mordió los labios, miró hacia abajo y encogió los hombros. Parecía muy cansada.

—Está bien… Lo haré otra vez, ya que alguien ha muerto. Pero no te aseguro que siga haciendo eso, Gunther. Ahora que sé la verdad…

—No es momento de discusiones.

—Eso es cierto…

Bajó. Miró hacia las dos camillas, juntas. Edith estaba junto a una de ellas. Limes y Rauh, algo más apartados, esperando.

—Encended ya las luces. Ven a ayudarme, Edith… ¿Lo tienes todo listo?

—¡Sí!

—Empezaremos inmediatamente… Tengo que volver a esa fiesta lo antes posible…

—Olvídate de Younger. Haz tu trabajo y en paz. Nunca has estado más de una hora. Sí te pones nerviosa, si sientes apremio, algo puede fallar.

—No fallará.

* * *

—Lo siento… —musitó ella—. Lo siento de veras, Norval.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el G-man.

—Tuve que salir a ver a la señora Randall… Oh, de verdad que siento haberte hecho esto la primera noche que salimos…

—La fiesta está a punto de terminar —sonrió desganadamente él —. Y me parece que ha refrescado lo suficientemente para que ya no resulte conveniente salir al jardín.

Ella puso una mano sobre una de él.

—¿Estás disgustado?

—No demasiado.

—Es… algo con lo que no habíamos contado, quizá. Tengo un hijo y… y le quiero.

—Lo contrario sería monstruoso… —sonrió él, ahora más espontáneamente—. Además, Jerry es un chico estupendo.

—¿De veras lo consideras así?

—Por supuesto. ¿Está bien?

—Sí… Esperaba que llamases a casa de la señora Randall…

—Tu amiga Annie me avisó ya algo tarde y luego me pareció más prudente no molestar, Además, ni siquiera sabía el teléfono, y preguntarlo me pareció un poco de… ansioso. Pareces cansada, Deborah.

—Creo que lo estoy un poco.

—¿Quieres que te lleve a casa?

El estremecimiento fue levísimo, pero Norval Younger estaba acostumbrado a tener en cuenta los más pequeños detalles, y lo notó. Sabía positivamente ahora que estaba sobre la buena pista.

Sabía que ella le había engañado. No había ido a ver a Jerry, no había estado en casa de la señora Randall, aunque quizá si él hubiese llamado le hubiesen dicho que sí estaba allí, porque ella les habría convencido antes de alguna manera. Sabía que ella estaba mintiendo. Y sabía que, realmente, le estaba amando, y que lo que había visto en sus ojos, cuando se besaron en el jardín, no era mentira.

Todo iba mal.

El descubriría la verdad. No importaba nada. Sabía que acabaría descubriendo la verdad y entonces, seguramente tendría motivos para lamentar ser tan tenaz, tan infalible…

—Podemos ir en el coche, muy despacio, Norval…

—Como quieras. Vamos a despedirnos.

No eran los primeros en hacerlo. Algunos matrimonios habían marchado ya. Annie les agradeció la visita, y les citó para el próximo viernes, fuese donde fuese la reunión. Deborah contestó con una evasiva, y Norval se limitó a sonreír.

Hicieron el recorrido despacio. Cuando pasaron por delante de la casa de Edith Winchell, no se veía allí ni una sola luz. No vieron a nadie, ni se cruzaron con ningún coche.

Norval detuvo el coche delante de la batiente, se apeó, dio la vuelta al coche y abrió la portezuela. La ayudó a bajar y fueron juntos hacia la puerta de la casa, abrazados por la cintura. Subieron al porche y ella se volvió hacia él, que estaba aspirando el intenso perfume de las rosas…

—¿Irás mañana a pescar?

—No sé… Es casi la una, de modo que no creo estar en condiciones de levantarme a las cuatro. Pasaré por alto un día.

—¿Querrás… almorzar con nosotros?

—Temía que no me lo dijeses. Puedo hacer una cosa. Dime dónde vive la señora Randall exactamente y pasaré a recoger a Jerry, para traerlo.

—No… No, no… Iré yo misma, por la mañana.

—Está bien… ¿Te parece bien que venga a las doce?

—A las doce.

Norval Younger hizo la última prueba. Abrazó suavemente a Deborah por la fina cintura, y acercó sus labios a los de ella. Temía una cierta resistencia, pero ella se abrazó a él con fuerza, y le besó

con desesperación… Sí, todo iba mal. Mal por un lado, bien por otro. Notaba los labios de Deborah, muy tiernos, pegados a los suyos, y sentía el palpitar de su cuerpo junto al suyo.

—Norval, Norval…

—¿Te ocurre algo? ¿Estás bien?

—Sí… No sé… Sí, creo que sí…

Estaba a punto de echarse a llorar. Younger lo supo. Se inclinó, le dio un ligero beso en los labios, y bajó del porche.

—Hasta mañana.

—Adiós…

Recorrió el senderillo con la sensación de que ella estaba llorando por fin, y que deseaba que se quedara. Y habría querido hacerlo. Pero si Deborah Makely hacía su juego, él, Norval Younger, inspector del FBI, tenía que seguir el suyo hasta el fin, por duro que le resultase.

* * *

—¿Estás ahí, Morton?

—Sí, señor… ¿Dónde está usted?

—Cerca. Me iré a dormir en seguida. Informa.

—Sí, señor… ¿Le ocurre algo, señor?

—Informa.

—Bien… Salió el tipo llamado Gunther Barnes, pero yo seguí vigilando a los otros dos.

—Y no se han movido.

—No, señor.

—¿A qué hora salió Barnes?

—A las diez menos siete minutos. Regresó a las doce y cinco.

—Algo ha pasado esta noche, Morton. Me he dejado engañar… No del todo, y como un tonto, sino un poco a sabiendas. Pero algo ha ocurrido, estoy seguro.

—¿Tiene idea de qué ha podido ser?

—Tengo algo más que una idea. Pero mañana lo comprobaré… Ya te diré algo.

—Lo que usted diga, señor. ¿Sigo vigilando a los del hotel?

—No… —musitó cansadamente Norval—. Vete a dormir.

—Pero, señor…

—Vete a dormir. No hay necesidad de que pierdas otra noche en

el coche. Y duerme hasta la tarde, si quieres.

—Pero…

—Te llamaré a tu hotel hacia las cinco de la tarde. Eso es todo, Morton. Buenas noches.

Norval cerró la radio, hosco el semblante.

—Buenas y malditas noches —susurró—. Pero mañana todo será mucho peor.

CAPÍTULO IX

Jerry estaba en el jardín, impaciente. Corrió hacia la batiente apenas el «Ford» apareció en el camino, y empezó a dar gritos de alegría cuando el coche se detuvo y vio a «Zaphir» a través de la ventanilla. El perro empezó a ladrar, y Norval optó por sonreír.

«Zaphir» saltó del coche a la menor oportunidad, casi pasando por encima del
G-man,
y se lanzó hacia el chiquillo, feliz por el nuevo encuentro. Pero, de pronto, se detuvo en seco, alzó el hocico, y empezó a oler, nervioso, con el rabo entre las piernas, yendo de un lado a otro.

—¡«Zaphir»! ¡Ven aquí, «Zaphir», ven…!

—Déjalo un momento —dijo Norval—. ¿Y tu madre?

—Está en la cocina… ¿Es verdad que también hoy se queda a almorzar con nosotros, señor Younger?

—Pues… lo exacto es decir que «he venido» a almorzar con vosotros, no que «me quedo».

Norval hablaba distraído, dedicando toda su atención al perro, que se iba acercando, gimiendo quedamente, a los rosales. Cuando llegó allá, empezó a dar vueltas, siempre con el rabo entre las piernas, y sin dejar de gemir.

Norval se acercó a él, un poco perplejo.

—¿Qué ocurre, «Zaphir»? Yo sólo huelo rosas, compañero… ¿Qué llega hasta tu olfato privilegiado?

«Zaphir» se había sentado, y le miraba ansiosamente, ladeaba la cabeza, gimiendo. Soltó un ladrido agudo.

—¿Qué pasa, señor Younger? —preguntó Jerry.

—Pues que tendré que enseñar de verdad a «Zaphir» a hablar… Me parece que quiere decirme algo, pero no puedo adivinar qué

es… Está oliendo algo que no le gusta… Pero supongo que no son las rosas… Iré a ver a tu madre. No os alejéis.

—No, señor.

Norval entró en la casa, pensativo, y se dirigió a la cocina. Deborah le recibió en la puerta, alzó los brazos, se abrazó a su cuello y le besó.

—Creo que conozco el ruido del motor de tu coche y el ladrido de tu perro. ¿Me recuerdas tú a mí, Norval?

—Pues… Déjeme pensar… ¿Anoche, quizá? ¿No es usted la señora que me dejó plantado en una fiesta… a la que me invitó?

Deborah se echó a reír, y volvió a besarle.

—Decididamente, eres un rencoroso.

—No, no… Sólo que tengo buena memoria. Mmm… Anoche parecías preocupada… ¿Te sientes mejor hoy?

—Sí… Oh, no era nada, te lo aseguro…

—Era algo —sonrió Norval—. Pero supongo, fue un día de sol disipa tristezas y preocupaciones… ¿En qué puedo ayudarte?

—En nada —rió ella—. ¿Por qué no eres bueno, y te vas a jugar con Jerry tu perro? Dadme media hora de tiempo.

—Me parece bien.

La abrazó, la besó, y salió de la cocina, preocupado. Debió haber aprovechado el momento de depresión de ella la noche anterior para intentar sonsacarla. Ahora, toda sería más difícil, porque Deborah se sentía más segura, más optimista.

Se fueron él, Jerry y el perro hacia el río, dando un paseo, y regresaron alrededor de media hora más tarde. Norval observaba sin cesar a «Zaphir», y llegó a la conclusión de que el perro estaba realmente inquieto.

—Le haremos un regalo a tu madre, Jerry —dijo—. Unas cuantas rosas alegrarán la mesa y…

Se detuvo junto al rosal. En la tierra se veían unas rayas bien trazadas. No muy gruesas, y varias juntas, como si hubiesen sido hechas de modo que llevasen la misma dirección. «Zaphir» se acercó, gimiendo, y escarbó con una pata, indeciso…, dejando unas rayas idénticas a las que Norval estaba mirando. El perro había querido escarbar allí antes…

El
G-man

palideció.

—Márchate de aquí, «Zaphir»… Hala, fuera.

El perro se alejó inmediatamente, seguido por el sorprendido Jerry Norval se dedicó a cortar unas cuantas rosas, mientras recorría con la vista todos los rosales. Había siete a cada lado, y eran…

Siete a cada lado.

Era cierto que tenía buena memoria. Dos días atrás había contado en total trece rosales siete a la izquierda, seis a la derecha… Ahora había siete a cada lado. Había sido añadido un rosal al lado derecho.

Miró hacia su perro.

—Ya no hace falta que hables, «Zaphir» —susurró para sí—. Está bien claro lo que has olido: perfume de rosas… y muerte.

Y entró en la casa, sombría la expresión. Pero cuando apareció por la cocina, mostraba su sonrisa de estar pasándolo bien.

—Ha pasado la media hora —dijo alegremente—. Y traigo un premio para la cocinera.

—Te habrás pinchado —sonrió Deborah.

—Pues… un poco. Pero ha valido la pena… ¿Dónde las pongo?

—Ahí dentro encontrarás unos búcaros. Ponías en el que más te guste.

Norval abrió la puerta del armario señalado, miró críticamente los búcaros, y tomó uno de ellos. Echó agua en él, y luego se dedicó a colocar las flores.

—He estado pensando que quizá querrías salir también esta noche. ¿Qué contestas?

—¿Qué pasará con tu pesca?

—Pues… dejaremos tranquilas a las truchas otro día más. Creo que… me tomaré más vacaciones de las que había pensado.

Ella se le quedó mirando.

—¿Por qué?

—Bien… Digamos que me gusta el lugar. Mmm… No han quedado demasiado bien, ¿verdad?

—Oh, sí, están bien… Tienes buen gusto. ¿Adónde piensas que podríamos ir?

—Adonde quieras tú. Conoces Haddam mejor que yo. ¿Qué sugieres?

—No sé… Hay un pequeño teatro. Podríamos ir allí, si te parece bien.

—Sugerencia aceptada. Bueno, voy a llevar las rosas a la mesa. Aunque bien pensado, su aroma es… demasiado intenso, ¿no crees? Vamos a tener la impresión de que comemos flores… Las dejaremos cerca de la mesa, pero no demasiado.

—Piensas en todo —rió ella—. ¿Crees que te resultaría demasiado caro tomar un palco? Pide el C. Es el mejor.

—Pediré el C. Pero de momento, me conformaría con almorzar… Creo que esta tarde dormiré una buena siesta. ¿Es importante para ti que sea determinada función?

—No.

—Entonces, al teatro. Iré a buscar a Jerry y a «Zaphir».

* * *

A las cinco en punto, Morton Regan oyó la llamada.

—Morton, estoy cerca de tu hotel, en mi coche. Quiero que te dediques a revisar tu pistola.

Regan, que estaba tumbado en la cama, medio adormilado después del abundante almuerzo, se sentó bruscamente, echando los pies al suelo.

—¿Mi pistola, señor?

—Sí. Esta noche, a las nueve, me voy al teatro. Tú vas a ir a la casa de los Makely. Dejarás el coche lejos, y te acercarás a pie. Eso es todo. Ten lista la radio en todo momento. Si oyes la señal, no importa que yo no te hable: corre hacia la casa pistola en mano. ¿Lo has entendido?

—Sí, señor. ¿Y los tipos del hotel?

—Déjalos. Seguramente, tendremos ocasión de verlos en momentos más… interesantes. ¿Tomaste las fotos y alguna huella?

—Desde luego, señor. Salieron este mediodía a almorzar por ahí.

—¿No se entrevistaron con nadie?

—No, señor. Por lo menos, yo no me di cuenta.

—Está bien. ¿Recuerdas lo que te he dicho?

—Claro.

—Pues ya está. No me falles…, a menos que quieras quedarte sin director en las regatas contra los chicos de Miami.

—¡Señor, si está sucediendo…!

—Corto.

Morton Regan se quedó mirando el aparatito, sobresaltado. Se lo guardó, sacó su pistola, y la examinó concienzudamente, a pesar de saber que siempre la tenía a punto. Pero nunca estaba de más una mirada. A fin de cuentas, si Younger decía que la tuviese preparada era porque debía estar preparándose una buena función…

CAPÍTULO X

Deborah miró de reojo a Norval. Se inclinó hacia él y musitó:

—Temo que mi sugerencia no fue muy buena, ¿verdad?

—Sí, sí... Está bien...

Estaba bastante mal. Era una obra mala, y no demasiado bien interpretada.

—Habrá noches mejores.

Deborah se enderezó. Estaban los dos solos en el palco C. Jerry debía estar durmiendo en casa de la señora Randall. Abajo, el patio de butacas, pequeño, pero agradable. Luego, los palcos. Eso era todo. Y como era sábado, el teatro estaba completamente lleno. Buena o mala, la obra era seguida por lo menos con atención por los espectadores.

Ahora fue Norval quien se inclinó hacia Deborah.

—¿Me perdonas un momento?

—¿Qué ocurre?

—Tengo algo que hacer. Volveré pronto.

—Pero...

—¡En seguida vuelvo!

Se puso en pie, y salló del paleo. Deborah quedó desconcertada, un tanto nerviosa, como si temiese que todo el mundo estuviese mirando hacia su palco. Pero no era así. Excepto ella, nadie había notado la marcha de Norval Younger.

Cuando finalizó el primer acto, Norval no había regresado todavía, y Deborah comenzó a sentirse decididamente nerviosa. Cuando oyó la puerta tras ella, suspiró, aliviada, y se volvió.

—¿Qué has estado...?

Se calló bruscamente. No era Norval, sino Gunther Barnes demudado el rostro, llameantes los ojos se sentó junto a ella, con

una sonrisa cortés, porque ahora sí que era seguro que más de una persona debía estar mirando hacia aquel palco.

—¿Qué haces aquí, Gunther? —musitó ella.

—¿Dónde está Younger?

_No sé… Dijo que tenía algo que hacer…

—Sin duda, querida.

—¿Qué… qué pasa?

Barnes sonrió, de cara al patio de butacas.

—Tú y tu galanteador caído del cielo… El número de New Haven al que llamó, no corresponde a ningunos grandes almacenes de cochina la cosa. Es un domicilio particular, donde vive un tipo llamado Thomas Stryker, subjefe de la Delegación del FBI en New Haven… Norval Younger es el inspector jefe de esa delegación.

—Dios… Dios mío…

—Es un tipo peligroso, Deborah… Nuestros confidentes tardaron en localizar ese número. Luego, supieron que correspondía al subjefe de la Delegación del FBI…, Leyeron el listín, número por número, hasta encontrarlo. Se llevaron un susto cuando vieron el nombre. Me han llamado hace quince minutos. Cuando les he descrito a Younger casi se desmayan. Ya han salido de New Haven a toda prisa. Y nos aconsejan que si Younger está metido en esto hagamos lo mismo.

—Pe… pero no… no podemos…, no puedo hacer eso… No puedo huir como un forajido, Gunther.

—Yo sí. Pero antes… Bueno, creo que sé dónde está ahora el muy inteligente y peligroso Norval Younger. Es mejor que no te muevas de aquí, Deborah: ya te avisaré cuando sepamos… que decisión tomar.

Salió del palco, sonriendo, sin dar tiempo a Deborah a decir nada más.

Sentía, en cambio, un enorme nudo en la garganta, que parecía ir creciendo, creciendo, creciendo… Las lágrimas se estaban agolpando a sus ojos. ¿Huir? ¿Adónde? ¿Cómo? ¿Ése era, en definitiva su destino?

Norval tenía que saber la verdad. Por lo menos, parte de la verdad. Había jugado con ella, igual que ella con él la noche anterior… Había aceptado el juego, y utilizado luego las normas.

Durante unos minutos, Deborah Makely estuvo allí inmóvil, con

una sonrisita de muñeca en sus labios aturdida casi sin recordar que muchas personas podían estar mirándola.

Cuando comenzó el segundo acto, sabía ya lo que tenía que hacer.

Norval se detuvo unos segundos, y se enjugó el sudor con la manga de la cazadora que se había puesto para aquel menester, y que había dejado preparada en el coche, junto con la azada. El fresco de la noche primaveral podía helar el sudor en su cuerpo, con desagradables consecuencias, si se detenía demasiado.

Por eso, continuó cavando, quitando la tierra alrededor del rosal que hacía el número siete en el lado derecho de la casa, el rosal que dos días antes no estaba allí, junto al cual había escarbado «Zaphir», gimiendo agudamente, inquieto…

Perfume de rosas y muerte.

La tierra iba saltando hacia atrás. Poco después, podía arrancar el rosal que, como había sospechado no estaba en absoluto adherido a la tierra.

Cinco minutos más tarde, la azada dio contra algo macizo, pero no demasiado duro. Escarbó alrededor con la azada, cuidadosamente. Lo primero que vio fue una mano. Luego, el brazo, un costado, el hombre Tres minutos más tarde, podía tomar al hombre por los sobacos, y tiraba de él, sacándolo del hoyo. Lo dejó en el suelo y sacó la linterna que llevaba en un bolsillo de la cazadora, la cual ocultaba perfectamente el bulto de su pistola, colocada en el sobaco izquierdo, en la funda.

Dirigió la luz a la cara del cadáver, y vio la mordaza. La tocó con las puntas de los dedos, y supo que era esparadrapo. Quitó la tierra de la cara del hombre, y, casi bruscamente, se dio cuenta de que lo que había estado pensando era cierto: al cadáver le faltaban los ojos.

Se estremeció con tal videncia que sus dientes sonaron unos contra otros. Era un espectáculo horrible, estremecedor. Se sentía helado, pálido, casi mareado… Se puso en pie y fue hacia la casa, algo vacilante. Subió al porche, empujó la puerta, y se irritó al encontrarla cerrada. Sacó el manojo de ganzúas, y en menos de un minuto estuvo dentro de la casa. Fue al mueble bar, sacó la botella de *whisky* y bebió directamente un trago.

Luego, encendió la linterna, y fue hacia los dormitorios. Diez

minutos más tarde, tenía levantada la trampilla que llevaba al sótano donde estaba instalado el quirófano. El escondite era bueno cuando nadie sospechaba que pudiese existir. Pero resultaba vulgar y fácil de encontrar para un inspector del FBI que ya está sobre la pista.

Dirigió el haz de luz hacia el fondo. Dio en el suelo, luego en una de las mesitas, los aparatos de anestesia, las piletas… Bajó lentamente, pisando con cuidado. Localizó el interruptor de la luz, y la encendió.

Estuvo durante un minuto mirando a su alrededor, como alucinado. De pronto, parpadeó, recobró el dominio de sí mismo. Apagó la luz, subió al dormitorio, lo dejó todo tal como lo había encontrado, y salió de la casa, caminando hacia donde estaba el cadáver…

—No se muera, inspector Younger. Le estoy apuntando a la espalda con una soberbia pistola.

—¿Es usted, Barnes?

—En efecto. Pero no estoy solo, se lo advierto. ¿Lleva armas?

—Sí.

—Fabens, a ver si es cierto, Y usted no se mueva, inspector del FBI.

—¿Cómo debo llamarle a usted? ¿Cómo definiría su profesión, Barnes?

—Digamos… benefactor de la humanidad.

Norval se quedó sin pistola, y entonces se volvió tranquilamente hacia Gunther Barnes.

—¿Benefactor de la humanidad, ha dicho?

—No me diga que no ha adivinado lo que está ocurriendo aquí, inspector Younger.

—Más o menos, creo haberlo adivinado todo… Pero sigo sin entender eso de «benefactor de la humanidad». Usted no es más que un asesino, si mis conocimientos del idioma no son falsos.

—No se lo tome así… Hay quien tiene zapatos, y hay quien no tiene zapatos. Al que no tiene zapatos, se le regalan o se le venden irnos. Hay quien, tiene ojos, y hay quien no tiene ojos… Al que no tiene ojos, se le venden unos. He conseguido que catorce personas ciegas estén viendo ahora tan bien como usted y yo, inspector Younger… ¿No es eso ser un benefactor de la humanidad?

—Si no estoy desencaminado, usted ha matado a catorce hombres para que sus ojos fuesen colocados a otros hombres. ¿Exacto?

—Exacto… Oh, pero los que han muerto están bien así… Los escogí bien: gente sin familia, maleantes… Le aseguro que incluso el FBI debe estarme agradecido.

—¿Cómo no? Total, sólo ha cometido catorce asesinatos…, todos ellos con mutilación premeditada. Reciba nuestro más cordial agradecimiento, Barnes, no faltaba más.

—Le va a durar muy poco su ironía.

—Es posible… Incluso es posible que mis ojos sirvan para que usted realice un acto más de caridad. ¿No?

—Buena idea… Y son unos ojos que podrían ser muy bien… tasados, inspector Younger: inteligentes, perfectos de visión, bonitos…

—¿Cuánto calcula que le darían por ellos?

—Depende —rió Barnes—. Pero calculo que pasaría del cuarto de millón de dólares.

—No está mal… ¿Quién dirige todo esto? ¿Deborah?

Barnes inició una sonrisa, que se cortó bruscamente cuando se oyó el motor de un coche acercándose.

—Cuidado con él —dijo—. Hágase a un lado, inspector Younger. Y no se deje ver. Mis hombres dispararán contra usted por poco motivo que les dé.

Se acercó a la salida del jardín, atento, pero en seguida se relajó. Se volvió a medias, y dijo:

—Es el coche de Deborah, inspector… Puede hacerle a ella la misma pregunta que me ha hecho a mí.

El coche de Deborah Makely se detenía muy pronto delante de la casa, ella se apeaba velozmente, y corría hacia la batiente. La empujó, entró en el jardín, y casi se dio de bruces contra Gunther Barnes.

—¡Oh! ¡Gunther! ¿Qué ha pasado…?

Vio el rosal arrancado, y el cadáver junto al hoyo. Retrocedió un paso, abrió la boca, y habría lanzado un chillido si no hubiese llevado una mano a la boca y mordido fuertemente la carne. En aquel mismo momento veía entre las sombras a Norval Younger.

—Nor… Norval…

—¿Ha terminado la función, Deborah?

—No… ¡Oh…! ¡Oh, Dios mío!

—Le estaba haciendo unas preguntas a Barnes. Él dice que quizá tú quieras contestarlas.

—Norval, no…, no es lo que tú piensas de mí, te lo juro…

—He preguntado si tú diriges esta operación. ¿Es así?

—No… no, no… ¡No!

—¿No? Bueno, creo que de todos los presentes, incluso de todos los habitantes de Estados Unidos, tú eres una de las personas más preparadas para quitar ojos a un hombre recién muerto y ponérselos a otro… Creo que eso se llama… trasplante… Igual que trasplantar un rosal… Rosales con perfume de rosas y muerte, Deborah.

—Norval, no… No soy yo quien ideó esto, te lo juro… Fueron ellos… Un día, me trajeron a un hombre recién muerto, a la clínica que… que mi marido me había montado… Edith puede decírtelo, ella era mi ayudante… Dijeron que… que había tenido un accidente, y que… que podía aprovechar sus ojos… El hombre estaba… destrozado… Dijeron que le había atropellado un coche, y yo…, yo lo creí… Traían también un… un hombre ciego… Hice el trasplante, y… Luego, el hombre al que había convertido en vidente desapareció. No sospeché nada… Ni siquiera se me ocurrió preguntar por el cadáver del cual había tomado los ojos…

—Detalle sin importancia, ¿verdad?

—No… no me hable así… No supe cómo… cómo iba entrando en este… horrible negocio… Cuando me trajeron el segundo cadáver, también con otro hombre ciego, todavía no comprendí la verdad. Pero mi marido se enteró de mi operación, y de la anterior… Me abrió los ojos, y dijo que iba a hablar con Gunther… Aquella misma noche tuvo el accidente de coche, y se… se mató.

—Fue una casualidad… ¿No es cierto, Barnes?

—Calle y escuche, inspector Younger. O callará para siempre.

—Sigue, Deborah. Escucharé.

—No sé… Cuando… cuando mi marido se mató, quedé anonadada. Estaba convencida de que la culpa era mía. Él se había afectado mucho al saber lo que había estado ocurriendo. Entonces decidí dejar mi profesión… Gunther era amigo nuestro. Me dijo que él podía encontrarme una casita tranquila, aislada, que no me

preocupase de nada. Yo acepté… Y poco después me trajo aquí. Me gustó… Tres semanas más tarde se presentaron con otro hombre muerto, de «accidente», y con otro ciego, para que hiciese el trasplante. Le… le dije que estaba loco, que no pensaba volver jamás a la clínica. Gunther dijo que no era necesario, y entonces me llevó a uno de los dormitorios, y me mostró el quirófano que había instalado allí. Me negué a operar. Entonces, él me hizo comprender que si no lo hacía, algo podía ocurrirle a Jerry…

—Un accidente, sin duda. ¿No es cierto, Barnes?

—Muy cierto.

—Amenazó a Deborah con matar a su hijo si ella no hacía esas intervenciones quirúrgicas. Y usted se dedicaba a buscar ciegos millonarios… y videntes a los que nadie echaría de menos. Los mataba, y los traía aquí, donde sus ojos eran trasplantados a los ciegos… ¿Cuánto ha ganado con esto?

—Bueno… No demasiado, por el momento. Hay gastos, desplazamientos… Comprenda que tenemos que buscar a los clientes en todo el mundo. No hay muchas personas que estén dispuestas a dar sus ojos a los demás. Pero los que tienen dinero, podían pagar un buen par de ojos… Nosotros los buscábamos, les proporcionábamos los ojos, ellos pagaban, y se encontraban de nuevo en su país, sin saber siquiera dónde habían estado, ya que llegaban aquí ciegos y regresaban con los ojos vendados.

—Muy ingenioso. ¿Cuánto ha ganado?

—Pues… En limpio, pongamos un par de millones de dólares.

—¿En tres años?

—Sí.

—No está mal. Y… ¡Por Dios, es la canallada más grande de que tengo noticia!

—No se altere, inspector. No va a ganar nada con ello…

Norval se pasó la mano por la frente.

—¿Qué se ha hecho del ciego venezolano?

—Está en lugar seguro. Dentro de dos días, le será quitado el vendaje, se le hará una prueba de visión. Luego será llevado a la frontera mexicana, y… adiós.

Norval miró a Deborah.

—¿Cuál es tu parte en esto? ¿Cuánto cobras tú?

—¡Nada!

—Cobra la vida de su hijo, inspector. Deborah se estaba poniendo muy difícil últimamente, empezaba, más que a sospechar, a tener la certidumbre de que tantos accidentes y tantos ciegos eran demasiados… Es lógico que sospechase, por supuesto, ya que no es tonta.

—Sí debe serlo, cuando se considera culpable de la muerte de su marido… ¿No le parece, Barnes?

—Cierre la boca, Younger, o…

—Ya me la cerrará usted… ¿Puedo mostrarle algo?

—¿El qué?

—Lo tengo en el bolsillo de la cazadora… ¿Puedo sacarlo?

—Hágalo.

Narval contuvo una sonrisa. Sacó el pequeño radio-receptor, y efectuó la llamada que Morton Regan debía estar esperando muy cerca de allí.

—Antes de darle explicaciones respecto a esto, quisiera insistir respecto al accidente de…

—No dirá ni media palabra más, Younger, se lo prometo.

—Oh, bien… Me referiré entonces a este aparatito… Parece un encendedor, pero es un radiorreceptor cuyo alcance aproximado es de media milla… En estos momentos está funcionando, de modo que mis hombres nos están oyendo… Y, naturalmente, están cerrando el círculo en tomo a esta casa.

—Eso es una estúpida mentira…

—¿Quiere una demostración, Barnes? Pues acérquese. Y tú, Morton, dinos algo, que nos oiga el señor Barnes.

Gunther Barnes se acercó a Norval, y oyó perfectamente la voz de Morton Regan, brotando del radiorreceptor:

—Vamos para ahí inmediatamente, señor.

Barnes respingó, alzó vivamente la cabeza y miró a Norval. Éste comprendió que iba a disparar inmediatamente contra él, sin importarle las consecuencias, e hizo lo único que se podía hacer: saltó contra Barnes con toda su fuerza, con toda su rapidez, provocando un encontronazo durísimo, que habría derribado a Barnes en el momento del choque si el propio Younger no le hubiese sujetado en el mismo momento del disparo.

Norval se encogió, pero no aflojó la presión que su mano derecha había hecho en la misma de Barnes. Le atrajo de un tirón,

arrancándole el arma violentamente, rompiéndole dos dedos, uno de los cuales casi se llevó con la pistola.

Hubo un instante de desconcierto entre los hombres de Barnes, que aprovechó el inspector de FBI para saltar, empujando a Deborah, y llevando a Barnes sujeto por la garganta, hacia el hoyo donde había estado el último asesinado.

Deborah cayó de espaldas en el hoyo, lanzando un grito de espanto. Norval también se dejó caer, disparando, y notando en el cuerpo de Barnes los impactos de las balas disparadas por sus propios hombres.

Antes de caer, y ser momentáneamente aplastado por el peso del ya cadáver Gunther Barnes, vio a uno de sus hombre saltar hacia atrás, al recibir la bala que él había disparado, en plena frente. Los demás se habían dejado caer al suelo y disparaban hacia el hoyo. Éste no era muy profundo, pero sí lo bastante para proteger a Norval y Deborah… Además, contaba con el cadáver de Barnes, que quedó constituido en trinchera.

Younger asomó la cabeza rápidamente por un lado… y recibió un puñado de tierra en pleno rostro y un balazo en el hombro izquierdo, un tanto superficial, pero suficiente para empujarle hacia Deborah, que lanzó un grito cuando el inspector del FBI cayó sobre ella, y uno de los hombres de Barnes se puso en pie.

—¡Le he dado! ¡Vamos a rematarle…!

A su derecha sonó un disparo, un estampido potente, y el hombre saltó como un conejo alcanzado de lleno, chillando. Los dos hombres que quedaban se volvieron hacia aquel lado, ya completamente desconcertados… y uno de ellos recibió él balazo del tenaz Norval Younger en un costado. Salió dando tumbos, pareció tropezar con sus propios pies, y se hundió de bruces en un rosal, clavándose las agudas espinas…

El otro se volvió hacia Norval…, y recibió el balazo disparado por Morton Regan en pleno estómago. Soltó un alarido espeluznante, y se llevó ambas manos al lugar herido, y cayó hecho un ovillo, gimiendo, llorando y gritando.

Morton Regan apareció por un lado de la valla, saltándola limpiamente, pistola en mano, y corriendo hacia el hoyo donde estaban dificultosamente cobijados Deborah y Norval…

—Señor… Señor, ¿está usted bien?

—Sácame este cadáver de encima…

Regan asió el cadáver de Barnes por el cuello de la chaqueta, y tiró de él, sacándole del hoyo. Luego, tendió su mano hacia Younger, que se estaba poniendo en pie dentro del hoyo, y ayudando a Deborah a hacer lo mismo.

—Ayúdala a ella, Morton.

—Sí, señor. ¿A usted le han…?

Morton Regan quedó un instante paralizado por la sorpresa, ocasionada por la súbita aparición de Edith Winchell al otro lado de la blanca vallita, a menos de dos yardas de Younger y Deborah. Al mismo tiempo que él, la veía Deborah, y veía la pistola con la que estaba apuntando a Norval Younger…

—¡Edith, no…!

Edith Winchell y Morton Regan dispararon a la vez. La bala disparada por Edith iba dirigida a Norval Younger, pero la recibió Deborah Makely. La bala disparada por Morton Regan iba disparada contra Edith Winchell, y la recibió Edith Winchell, justo en el centro del seno izquierdo. La pistola saltó de su mano mientras ella saltaba hacia atrás, en un velocísimo giro que la llevó a dar fuertemente de bruces contra el suelo, al otro lado de la valla…

Norval Younger sostenía en sus manos a Deborah Makely, mientras notaba en su propio hombro el balazo recibido, menos doloroso que el recibido en el costado cuando Barnes disparó en el momento de saltar contra él…

—Deborah… Deborah…

—Nor… Norval, perdó… perdóname… Debí decirte… anoche la verdad…

—No importa eso ahora, Deborah.

—¿Voy a… a morir…?

Younger sintió, de pronto, sus ojos llenos de lágrimas.

—No lo sé, Deborah, no lo sé… Pero no importa, no importa…

—Merezco… morir así… Por mi culpa…, por mi culpa…

—No fuiste tú… Por Dios…, ¿cómo puedes ser tan cándida… y estar mezclada en esto al mismo tiempo? Inteligente para unas cosas, y poco menos que tonta para otras.

—No… no te entiendo…

—Si estás hablando de la muerte de tu marido, no tienes de qué culparte… ¿No comprendes que ellos prepararon el accidente?

Comprendieron que tu marido no sería tan fácil de engañar como tú…, y le mataron, simulando un accidente.

—Dios… Dios mío, y yo que… que he estado creyendo estos años que… que…

La cabeza de Deborah Makely quedó colgando, inerte. Norval se quedó mirando incrédulamente aquel pálido rostro que ya jamás conseguiría olvidar.

Alzó la cabeza, y vio ante él a Morton, demudado, mirándole fijamente.

—Lo siento, señor… No vi a la mujer hasta que…

—¿De qué te culpas? Si acaso, tendría que culparme yo, puesto que ella me protegió a mí…

—¿Está… muerta?

—Creo que no… Entra en la casa, y llama a la policía local… Que vengan con un par de ambulancias…

—No morirá —dijo el médico—. Ha sido una herida con suerte, si así puede decirse. En cuanto a usted, señor Younger, le aconsejo que suba en esa misma ambulancia. También necesita ser atendido. Y hablo en serio. Conozco hombres más fuertes que usted que…

—Voy en seguida.

—Está bien.

El médico se alejó, por entre el enjambre de agitados policías de uniforme y de paisano que iban de un lado a otro del jardín y entraban y salían de la casa.

Morton Regan miró hacia la ambulancia que conducía a Deborah, y en la cual, también Norval iba a ser llevado al hospital de Haddam.

—¿Qué pasará con ella, señor?

—No sé… La Juzgarán… Espero que tengan en cuenta que ha salvado la vida a un inspector del FBI… La defenderé con todas mis fuerzas, Morton… Pero irá a prisión… Un año, dos, diez… No sé… Pero cuando salga, yo la estaré esperando…

ESTE ES EL FINAL

Y salió.

No mucho más tarde; ni siquiera cinco minutos después de que Norval hubiese afirmado categóricamente que saldría. La verja fue abierta, y Deborah salió de la cárcel de mujeres. Había sido condenada a cuatro años, pero el FBI tiene poder en todas las esferas, y la vida de uno de sus hombres está siempre bien valorada. De este modo, Deborah abandonó la cárcel de mujeres cuando apenas hacía un año que había sido recluida en ella.

Se detuvo junto a las verjas, pero ya fuera. Se fijó en el coche que estaba detenido al otro lado de la carretera, junto a los tilos. Y se fijó en el chiquillo que corría hacia ella, cruzando la carretera a toda velocidad de sus desnudas piernas.

—¡Mamá!

Deborah abrazó a su hijo. Y mientras lo estaba haciendo, en silencio, con los ojos llenos de lágrimas, vio, borroso, al hombre que se apeaba del coche, lento, sereno, seguro… La visión se fue aclarando.

Norval le sonrió, y ella sintió, de pronto, como si todo el mundo girase alrededor de ella, de su hijo, de Norval Younger. Se serenó rápidamente y cruzó la carretera, llevando abrazado a su hijo.

Cuando llegó junto al coche se quedó mirando al atlético y atractivo agente que dirigía una Delegación del FBI.

—Hola, Norval.

—Hola, Deborah.

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle…